

Audiolibro Servidumbre Humana W
Somerset Maugham Cap Tulos Del 33
Al 40

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Alice Davenport** (*L'Assomption*) - - - - 33. Philip no podía apartar de su mente la historia de miss Wilkinson. Aunque la joven dejó la historia a medio terminar, la conclusión era bastante clara. La aventura escandalizaba un poco al joven. Le parecía que la cosa, en una mujer casada, habría sido más pasadera. Había leído bastantes novelas francesas para saber que aquello en Francia era una cosa normal. Pero miss Wilkinson era inglesa, núbil, y por si esto fuera poco, hija de eclesiásticos. Luego pensó que el estudiante no había sido ni el primero ni el último de sus amantes, y sintió un sobresalto. Nunca consideró a miss Wilkinson desde aquel punto de vista y le parecía increíble que alguien pudiera amarla. En su ingenuidad, no dudaba de la veracidad de su historia, como jamás había dudado de lo que leía en los libros, y se irritaba al pensar que a él no le sucediera nunca ninguna cosa bonita. Era humillante el hecho de no tener nada que contar, aunque miss Wilkinson hubiera insistido en conocer sus aventuras de Heidelberg. Ciertamente poseía un discreto poder inventivo, pero no estaba seguro de poderla persuadir de que era un vicioso. Según sus lecturas, las mujeres poseían gran intuición y aquélla podría haberse dado cuenta de que le estaba contando embustes. Se ponía rojo cuando pensaba que miss Wilkinson podía haberse reído a sus espaldas. La joven tocaba el piano y cantaba con una voz algo cascada, pero las romanzas de Massenet, Goddard y Augusta Holmes eran nuevas para él. La pareja pasaba muchas horas junto al piano. Un día miss Wilkinson insistió en probar la voz de Philip; halló que poseía un bello timbre de barítono y se ofreció a darle lecciones. Al principio el joven se negó a ello a causa de su timidez, pero acabó por dejarse convencer y todas las mañanas, después del desayuno, dedicaban una hora a los ejercicios vocales. Miss Wilkinson sabía enseñar y, con sus dotes de firmeza y de método, debía de ser una institutriz insuperable. Aunque su acento francés no la abandonaba un instante, toda su dulzura desaparecía cuando daba lección. Su voz se volvía un poco autoritaria y, como si obrase por instinto, corregía las equivocaciones. Sabía perfectamente su obligación e impuso a Philip escalas y vocalizaciones. Cuando terminaba la lección recobraba sin esfuerzo la sonrisa seductora y la voz suave. Pero Philip acertaba menos fácilmente a dejar de ser su alumno, y esta impresión resultaba tanto más desagradable para el joven cuanto que, desde la confianza de la joven, se había acostumbrado a pensar en ella con bastante intensidad. La miraba muy de cerca y le gustaba más durante la tarde que durante la mañana. En las primeras horas del día le faltaba frescura y la piel del cuello aparecía un poco basta. ¡Si al menos la llevara tapada! Pero hacía mucho calor y ella llevaba siempre blusas escotadas. Además, a la joven le gustaba el color blanco, que por la mañana no le sentaba bien. Por la noche era mucho más atractiva. Se ponía un vestido de noche y un collar de granates. El adorno en el pecho y en las mangas le daba cierta elegancia. Y su perfume —en Blackstable se usaba únicamente agua de colonia, y esto sólo los domingos o cuando alguno tenía dolor de cabeza— era exótico y excitante. Arreglada de esta guisa parecía realmente muy joven. Philip sentía gran curiosidad por saber la edad de aquella mujer. Sumaba veinte y diecisiete, pero el total no le satisfacía. Más de una vez preguntó a tía Louisa por qué afirmaba que miss Wilkinson tenía treinta y siete años. No aparentaba más de treinta, y todos sabían que en el extranjero las mujeres envejecen más pronto. Miss Wilkinson había vivido tanto tiempo en el extranjero que podía ser considerada una extranjera. Philip no le calculaba más de veintiséis años. — ¡Oh!, tiene más —decía tía Louisa. Philip no creía en la exactitud de las apreciaciones de los Carey. Todo lo que ellos recordaban con más precisión era que miss Wilkinson no se había recogido todavía el cabello cuando ellos estuvieron por última vez en el Lincolnshire. Hubiera podido tener perfectamente doce años entonces. Había pasado tanto tiempo y el vicario tenía tan poca memoria... Afirmaban que habían transcurrido más

de diecisiete. Diecisiete y doce sumaban veintinueve. No era todavía vieja. Cleopatra tenía cuarenta y ocho cuando Antonio puso al mundo patas arriba por ella. El verano era bello. Los días se sucedían cálidos y sin nubes, pero el calor era atemperado por la proximidad del mar, y la atmósfera producía una excitación agradable. De modo que uno se sentía reavivado, pero no oprimido por el sol de agosto. En el jardín había un pequeño estanque y en la superficie flotaban los nenúfares y los peces rojos, atraídos por el sol. Miss Wilkinson y Philip iban después de comer a echarse en la hierba a la sombra de un gran rosal, tendiendo en el suelo una manta y varios cojines. Pasaban la hora de la siesta leyendo, charlando y fumando cigarrillos que el vicario no permitía que se fumasen dentro de la casa, pues decía que fumar era un hábito desagradable y que llegar a ser esclavo de una costumbre era una cosa horrible. Olvidaba que él era esclavo del té de la tarde. Un día miss Wilkinson dio a Philip la *Vie de bohème*. La había encontrado por casualidad curioseando entre los libros del pastor. Formaba parte de un lote que el vicario había comprado, permaneciendo en las estanterías diez años sin que nadie lo hubiese hojeado nunca. Philip empezó a leer la absurda y chocante obra maestra de Murger, y no tardó en empezar a sentir su fascinación. Su amiga se conmovió de alegría ante aquel cuadro, en el que el hambre era tan alegre, la tristeza tan pintoresca, y un sórdido amor tan conmovedor y pintoresco. ¡Rodolfo y Mimí, Musette y Marcelo! Helos aquí, por las calles oscuras del Barrio Latino, pasando de una calle a la otra con sus pintorescos trajes Luis Felipe, con sus risas y con sus lágrimas, con su ruidosa felicidad y con sus inquietudes. ¿Quién puede resistir el encanto que emanaba de ellos? Sólo cuando se lee el libro con entera madurez de juicio se percibe que sus placeres son groseros y su espíritu vulgar y se descubre la pobreza artística y humana de aquellas criaturas. Philip se sentía transportado. — ¿No le entran a usted deseos de ir a París en vez de marchar a Londres? — preguntó sonriendo ante su entusiasmo. — Aunque ahora lo desease, sería demasiado tarde. Durante las dos primeras semanas después de su regreso de Alemania, Philip había hablado mucho con su tío a propósito de su porvenir. Rechazaba definitivamente la idea de ir a Oxford. Además, no había ya ninguna posibilidad de obtener una beca y mister Carey estaba persuadido de que el gasto hubiese sido excesivo. El patrimonio del muchacho a la muerte de su madre consistía en dos mil libras. Aunque hubieran colocado el capital al cinco por ciento no le habría bastado para vivir. Por otra parte, actualmente el capital se había reducido algo. Hubiese sido absurdo gastar doscientas libras al año, el mínimo de una Universidad, y pasarse tres años en Oxford, sin que tal vez ocurriese al final el milagro de que ganase para vivir. Londres atraía al joven. Mistress Carey pensaba que para un gentleman sólo había cuatro profesiones posibles: el Ejército, la Marina, el foro y la Iglesia. Pensaba también en la medicina porque su cuñado era médico, pero no olvidaba que cuando ella era joven nadie consideraba gentleman a un doctor. Las dos primeras profesiones había que excluirlas a causa del defecto de Philip. En cuanto a prepararse para recibir las órdenes, Philip ya se había cuidado de decir que no le interesaban. No quedaba otro camino que el foro. El médico local había sugerido la ingeniería, diciendo que la profesión de ingeniero era admitida entre los gentlemen. Pero mistress Carey se opuso. — ¿Por qué no hacerle médico como su padre? — Es una profesión que detesto — replicó el joven. A mistress Carey no le disgustaba aquella hostilidad. El foro quedaba también descartado al ver que Philip no iba a Oxford, y los Carey tenían la impresión de que sería necesario el título para ejercer aquella carrera. Por fin quedó decidido que el joven, para practicar, se colocaría en casa de un procurador. Escribieron al abogado de la familia, Albert Nixon, el cual, junto con el vicario de Blackstable, administraba el patrimonio del difunto Henry Carey, preguntándole si estaría dispuesto a admitir a Philip como pasante en su bufete. Dos días más tarde llegó la respuesta. El abogado no tenía sitio en su despacho, y, además, no aprobaba el proyecto. La profesión era ejercida por gran cantidad de personas y las que no disponían de un capital o de buenas relaciones tenían pocas probabilidades de triunfar, pero sugería que se hiciera tenedor de libros. Ni el vicario ni su mujer tenían la menor idea de lo que era esta profesión, de la que Philip tampoco había oído hablar. Pero otra carta del abogado explicó que el desarrollo de los negocios en la actualidad y el crecimiento de la sociedad habían conducido a la creación de cierto número de empresas de carácter administrativo y su personal examinaba los libros y ponía orden en los asuntos financieros de los clientes. Algunos años antes había sido concedido un estatuto y la profesión iba de día en día ganando en respetabilidad e importancia. En la oficina que desde hacía treinta años trabajaba para Albert Nixon había vacante en la actualidad un puesto de meritorio; y la razón social estaba dispuesta a quedarse con Philip mediante la entrega de trescientas libras. La mitad de esta cifra le sería reembolsada en forma de estipendio durante cinco años de práctica. La perspectiva no era muy brillante que digamos, pero Philip comprendió que había que decidirse por algo, y el deseo de vivir en Londres le impulsó a aceptar. El vicario de Blackstable escribió a Albert Nixon preguntándole si se trataba de una profesión propia para un gentleman. El abogado respondió que desde que se estableció el estatuto, jóvenes procedentes de colegios y universidades emprendían aquella carrera. Por otra parte, si Philip no se encontraba a gusto y un año después quería marcharse, Herbert Carter — así se llamaba el director de la razón social — le devolvería la mitad del dinero. Convenido esto, decidióse que Philip empezaría su trabajo el 15

de setiembre. —Tengo todavía un mes para mí —dijo Philip. —Y después usted se marchará hacia la libertad y yo hacia la soledad —respondió miss Wilkinson. Las vacaciones de la joven durarían seis semanas porque ella dejaría Blackstable un par de días antes que Philip. — ¡Quién sabe si no nos veremos nunca más! —dijo ella. — ¿Por qué no? — ¡Oh, no hable usted con tanta indiferencia! ¡No he conocido nunca a una persona menos sentimental! Philip enrojeció. Temía que miss Wilkinson le tomara por tonto. Después de todo se trataba de una mujer joven, a veces verdaderamente guapa, y él tenía veinte años. Era ridículo hablarle sólo de arte y literatura. Debía hacerle un poco la corte. Habían hablado mucho de amor; primero con motivo del estudiante de la calle de Breda y luego con el del pintor, en el seno de cuya familia había vivido tanto tiempo en París. Éste le había rogado que posara para él y le había hecho luego propuestas tan ardientes que la habían obligado a buscar un pretexto para interrumpir las sesiones. Era evidente que la Wilkinson estaba habituada a este género de atenciones. Aquel día estaba muy guapa con su gran sombrero de paja. Hacía calor y gotitas de sudor le caían sobre el labio. Philip se acordaba de Cecilia y de mister Sung. Nunca había pensado en Cecilia desde el punto de vista amoroso. La muchacha era verdaderamente fea; pero ahora, visto a distancia, todo aquello le parecía muy romántico. Ahora él tenía la posibilidad de vivir una novela. Miss Wilkinson era casi francesa y esto daba más sabor a la aventura. El pensamiento de esta posibilidad le hacía temblar cuando se encontraba en el lecho o cuando estaba en el jardín leyendo. Pero cuando volvía a ver a miss Wilkinson todo le parecía menos pintoresco. Por otra parte, después de lo que ella le había contado, lo probable era que no se sorprendiera si él le hacía la corte. Era natural que su reserva le pareciera extraña. Tal vez fuera una impresión suya, pero en alguna ocasión, en el curso de los últimos días, había creído leer en sus ojos una expresión de desprecio. — Doy un penique por sus pensamientos —dijo ella una vez con insinuante sonrisa. —No se los diré. Estaba pensando que debía haberla besado. Seguramente ella lo estaba esperando. Pero Philip no hubiera sabido cómo hacerlo sin preliminares. Quizá le tomara por un loco y le diera una bofetada o bien fuera a quejarse a su tío. Conocía al vicario y era seguro que se apresuraría a contárselo todo al rector y a mister Graves, y él adquiriría fama de imbécil. Tía Louisa continuaba afirmando que miss Wilkinson tenía treinta y siete años. Philip se estremeció al pensar en el ridículo que le envolvería. Todo el mundo diría que había hecho el amor a una mujer que podría ser su madre... —Dos peniques por sus pensamientos —dijo, sonriendo todavía, miss Wilkinson. —Estoy pensando en usted —dijo con ardor el joven. No era una respuesta comprometedoras después de todo. — ¿Y qué pensaba usted? — ¡Ah!, quiere usted saber demasiado. — ¡Chiquillo! ¡He aquí de nuevo a la institutriz! También cuando desafinaba en las vocalizaciones le llamaba chiquillo. Philip se picó. —Querría que no me tratase usted como un niño. — ¿Se ha enfadado usted? — Mucho. —Lo siento. Le tendió la mano y él se la estrechó. Dos o tres veces había tenido Philip la impresión, cuando se despedían por la noche, de que la mujer le apretaba la mano. Pero entonces no había duda. El joven no sabía qué decir. Se le presentaba por fin la posibilidad de una aventura y hubiera sido tonto no aprovecharla. Sin embargo, no se trataba de nada extraordinario y él esperaba para su primer amor alguna cosa más brillante. No experimentaba ninguna de las emociones descritas por los novelistas. No se sentía elevado sobre la tierra por las ondas de la pasión, ni tampoco miss Wilkinson era el ideal que a menudo se había figurado, con grandes ojos de color violeta y piel de alabastro. Había soñado con poder esconder el rostro en una gran masa de cabellos rubios y ondulados. No, no podía imaginarse hundiendo el rostro en los cabellos de miss Wilkinson, siempre un poco grasientos. No obstante, hubiera sido una bella satisfacción tener una amante. La idea de la conquista le llenaba de orgullo. Sentíase obligado ante sí mismo a seducir a aquella mujer. Decidió besarla, no en aquel momento, sino por la noche. En la oscuridad la cosa sería más fácil y después del beso lo demás vendría por sí mismo. Se juró a sí mismo llevar a cabo su propósito. Desarrolló su plan. Después de la cena sugirió un paseo por el jardín. Miss Wilkinson aceptó y la pareja empezó a dar vueltas. Philip estaba nerviosísimo. No sabía por qué, pero la conversación no se orientaba en la dirección requerida. Había decidido que la primera cosa que tenía que hacer era pasarle un brazo por el talle. Pero no podía cogerla así, tan de improviso, mientras ella hablaba de las regatas anunciadas para la próxima semana. La condujo hábilmente hacia la parte más oscura del jardín. Sin embargo, una vez allí, le faltó el valor. Sentáronse sobre una banqueta. Aquella vez la ocasión era propicia, pero miss Wilkinson dijo que parecían dos papanatas e insistió en cambiar de sitio. Dieron nuevamente la vuelta al jardín. Philip pensó que antes de acercarse de nuevo al banco se liaría la manta a la cabeza. Mas al pasar ante la casa vieron a mistress Carey en el umbral. —Muchachos, ¿no haríais mejor metiéndoos en casa? No creo que el relente os siente bien. —Tiene razón —dijo Philip a su compañera—. No quiero que coja usted un resfriado. Lo dijo con un suspiro de alivio. Aquella noche no había nada que intentar. Pero más tarde, cuando se vio solo en su habitación, estaba furioso. Se había portado como un perfecto majadero. Sin duda, miss Wilkinson esperaba que él la besara; de otro modo no habría ido al jardín. Según ella sólo los franceses sabían tratar a la mujer. Philip había leído muchas novelas francesas. Si hubiera sido francés la habría besado en la nuca. Él no veía en ello nada atrayente. Posiblemente a los franceses les era muy fácil la cosa por razón de su lengua.

Philip no podía menos de pensar que las frases apasionadas dichas en inglés resultaban ridículas. Se arrepintió de haber tenido la idea de atacar la virtud de miss Wilkinson. Los primeros quince días habían sido deliciosos, mientras que ahora se sentía muy triste. Sin embargo, estaba dispuesto a no renunciar. De otro modo hubiera dejado de sentir aquel aprecio que sentía por sí mismo. Tomó la resolución irrevocable de besarla sin falta al día siguiente por la noche. Al otro día, al levantarse, vio que llovía. Su primer pensamiento fue que sería imposible ir al jardín. Estuvo de muy buen humor durante el desayuno. Miss Wilkinson mandó decir por medio de Marian que se quedaba en la cama porque tenía mucho dolor de cabeza. Sin embargo, apareció a la hora del té con un elegante vestido y el rostro muy pálido. Por la noche, miss Wilkinson estaba ya completamente restablecida y la cena fue muy alegre. Después de las oraciones dijo que se iba en seguida a la cama y besó a mistress Carey; luego se volvió hacia Philip. — ¡Dios mío! — dijo—. Iba a besarle a usted también. — ¿Y por qué no lo ha hecho? Ella se echó a reír y le tendió la mano. La presión de sus dedos fue significativa. Al día siguiente el cielo apareció sin una nube y el jardín aparecía delicioso y fresco tras la lluvia. Philip bajó a la playa, se bañó y volvió a casa con gran apetito. Después de comer iba a celebrarse un partido de tenis en el vicariato y miss Wilkinson se puso su traje más llamativo. Indudablemente sabía llevar los vestidos y Philip no pudo menos de notar su elegancia al verla junto a la mujer del cura y la hija casada del doctor. En la cintura lucía dos rosas. Se había sentado sobre el césped abriendo una sombrilla cuyo rojo reflejo favorecía mucho su rostro. A Philip le gustaba el tenis. Jugaba muy bien y como corría con dificultad jugaba muy cerca de la red. A pesar de su pie deforme era ágil y no fallaba casi nunca. Con gran contento suyo ganó todos los partidos. A la hora del té se echó en la hierba a los pies de miss Wilkinson, acalorado y sin respiración. —El traje blanco le está muy bien —dijo la joven—. Está usted muy guapo. Philip enrojeció de alegría. —Puedo devolverle el cumplido sin faltar a la sinceridad. Es usted deliciosa. La mujer sonrió y le lanzó una larga mirada. Después de la cena Philip insistió para que saliera al jardín. — ¿No se ha movido usted bastante hoy? —Será delicioso pasear esta noche por el jardín. El cielo está lleno de estrellas. Se sentía muy bien dispuesto. — ¿Sabe usted que mistress Carey me ha reñido por causa de usted? —dijo miss Wilkinson mientras paseaba durante el crepúsculo—. Me ha dicho que no debo coquetear con usted. — ¿Ha coqueteado usted conmigo? Nunca me he dado cuenta. —Lo ha dicho en broma. —Ayer fue usted muy mala al no quererme besar. —Si hubiera visto usted la cara de su tío cuando lo dije... — ¿Eso es lo que la detuvo? —Prefiero besar a las personas sin testigos. —Ahora no hay nadie. Le pasó un brazo alrededor de la cintura y la besó en los labios. Miss Wilkinson dejó escapar una sonrisita y no se apartó. La cosa había llegado con toda naturalidad. Philip se sentía muy orgulloso. Había dicho que lo haría y lo había hecho. Era lo más fácil del mundo. ¿Por qué no se había decidido antes? La besó de nuevo. — ¡Oh!, no debe usted hacerlo —dijo miss Wilkinson. — ¿Por qué? —Porque me gusta. Y se echó a reír. 34. Al día siguiente, durante la siesta, llevaron mantas, cojines y libros hasta la fuente, pero no leyeron. Miss Wilkinson se acomodó lo mejor posible y abrió su sombrilla roja. Philip no se mostraba ya tímido. Sin embargo, desde el principio miss Wilkinson se opuso a que la besara. — Me porté mal ayer tarde. No he podido dormir pensando que había obrado mal. — ¡Qué tontería! Estoy seguro de que ha dormido usted como un leño. — ¿Qué diría su tía si lo supiera? —No hay razón para que lo sepa. Se inclinó sobre ella; el corazón le latía violentamente. — ¿Por qué desea usted besarme? Philip sabía que debía responder «Porque la amo», pero no fue capaz de decirlo. — ¿No lo sabe usted? —dijo en su lugar. Miss Wilkinson le miró con sus ojos sonrientes y le pasó la punta de los dedos por el rostro. — ¡Qué lisa es su piel! —murmuró. —Tengo necesidad de afeitarme. Le era muy difícil sostener una conversación romántica. El silencio era mucho más cómodo que las palabras. Las miradas podían expresar todo lo que uno deseara. Miss Wilkinson suspiró. — ¿Me ama usted un poquito? —Muchísimo. Philip intentó besarla una vez más y ella no hizo resistencia. El joven fingía ahora ser mucho más apasionado de lo que en realidad era, y le pareció que había salido muy airoso de su cometido. — Empiezo a sentir un poco de miedo de usted —dijo miss Wilkinson. —Esta noche saldrá usted al jardín después de la cena, ¿no es verdad? —le suplicó Philip. —No, si no me promete permanecer tranquilo. —Le prometo todo lo que usted quiera. Empezaba a quemarse en la llama que simulaba en parte, y a la hora del té se mostró extraordinariamente alegre. Miss Wilkinson le miró inquieta. —No debe usted mirar con esos ojos tan brillantes —le dijo después—. ¿Qué pensará su tío? —Me importa un comino lo que piense. Miss Wilkinson rio satisfecha. En cuanto terminó la cena el joven le dijo: — ¿Quiere venir a hacerme compañía mientras fumo un cigarrillo? —Pero ¿por qué no la dejas descansar? —preguntó la tía—. Debes recordar que miss Wilkinson no es tan joven como tú. — ¡Oh!, saldré con mucho gusto, mistress Carey —replicó la forastera con algo de aspereza. —Post prandium lento pede ambulabis —citó el vicario. —Su tía es muy buena, pero a veces me ataca los nervios —dijo miss Wilkinson en cuanto cerraron la puerta. Philip tiró el cigarrillo que había acabado de encender y la abrazó, pero ella lo rechazó diciendo: —Usted me prometió ser bueno. —Pues no estoy dispuesto a cumplir mi promesa. —Conforme, pero no tan cerca de la casa. Si alguien saliese... Philip la condujo hacia el huerto, donde seguramente no había nadie a

aquella hora. Esta vez no pensaría miss Wilkinson que eran dos papanatas. La besó con pasión. Una cosa le dejaba estupefacto. Por la mañana no le gustaba la joven, por la tarde le gustaba poco, pero durante la noche el simple contacto de su mano hacía que se estremeciera. Habló como nunca hubiera creído poder hablar. Seguramente no hubiera sido capaz de decir aquellas cosas a la luz del día y se escuchó a sí mismo con estupor y satisfacción. — ¡Qué bien habla usted de amor! —dijo la joven. Esto mismo era lo que pensaba él. — ¡Oh, si pudiera decir todas las cosas que me arden en el corazón! —murmuró apasionadamente. — ¡Magnífico! Era el juego más emocionante en el que había tomado parte, y lo más extraordinario era que sentía todo lo que decía. Estaba muy interesado y al mismo tiempo se sentía muy turbado ante el efecto que producía. Sólo gracias a un gran esfuerzo pudo ella proponer el retorno a la casa. —Todavía no. —Sí, es necesario. Tengo miedo. Philip intuyó en el acto lo que debía hacer. —Yo no puedo. Me quedaré aquí reflexionando. Me arde la cara. Tengo necesidad de aire. Buenas noches. Le tendió la mano con la mayor seriedad y ella la cogió en silencio. A Philip le pareció oír un sollozo sofocado. ¡Qué estupendo! Cuando volvió a entrar en casa tras una prudencial espera, durante la cual se aburrió solo en el jardín, vio que miss Wilkinson se había ido ya a la cama. A partir de entonces sus relaciones cambiaron. Durante los dos días siguientes Philip mostróse muy apasionado. Sentíase deliciosamente halagado al comprobar que miss Wilkinson se había enamorado de él. Se lo dijo en inglés y se lo repitió en francés. Luego le dirigió cumplidos. Nadie le había dicho hasta ahora a Philip que tenía unos bellos ojos y una boca sensual. No se había interesado jamás por su aspecto, pero ahora se miraba en el espejo a menudo. Cuando la besaba sentíase feliz al notar el estremecimiento que la recorría. La besaba mucho para evitar el decir palabras que seguramente ella esperaba. Seguía considerando ridículas ciertas palabras de amor. Hubiera querido tener alguien ante quien vanagloriarse de su conquista y con quien discutir los detalles de su conducta. A veces algunas de las frases de ella le parecían enigmáticas y entonces se quedaba perplejo. Si por lo menos hubiera tenido a Hayward para pedirle aclaraciones y consejos... Ignoraba si debía precipitar los acontecimientos o bien dejar que se desarrollaran por sí solos. No quedaban más que tres semanas. —No puedo pensar —decía miss Wilkinson—. Siento que el corazón se me despedaza. Además, probablemente no nos volveremos a ver nunca más. —Si me quisiera usted un poco no sería tan cruel. —Pero ¿por qué no quiere usted dejar las cosas tal como están? Los hombres son siempre lo mismo; nunca están contentos. Ante su insistencia respondía: —Pero ¿no ve usted que no se puede? ¿Cómo sería posible aquí? Philip le expuso una cantidad de proyectos que ella no quiso aceptar. —No me atrevo. Sería terrible si su tía se enterara. Un par de días después a Philip se le ocurrió una idea que le pareció más que acertada. — ¿Y si el domingo, por la tarde, tuviera usted dolor de cabeza y se quedara en casa? Tía Louisa podría ir a la iglesia. Por lo general, mistress Carey no salía el domingo por la tarde, con objeto de que Marian pudiera ir a la iglesia, pero se pondría muy contenta si ella también pudiera ir. Philip no había creído necesario informar a sus parientes del cambio de sus ideas religiosas sobrevenido en Alemania. Seguramente no lo habrían comprendido. Era más sencillo ir a la iglesia. Pero iba sólo por la mañana. Esto le parecía una graciosa concesión a los prejuicios de la sociedad. Y su negativa a ir por segunda vez la estimaba como una adecuada afirmación de su libertad de pensamiento. La propuesta fue escuchada por miss Wilkinson en silencio. Pero transcurridos unos instantes movió la cabeza para negar: —No, no quiero. El domingo, a la hora del té, Philip se vio, sin embargo, sorprendido con estas palabras: —No creo poder ir a la iglesia esta tarde. Tengo una tremenda neuralgia. Mistress Carey, muy preocupada, insistió en darle ciertos sellos que ella tomaba habitualmente. Miss Wilkinson le dio las gracias e inmediatamente después del té anunció que se iba a su cuarto a meterse en la cama. — ¿No tiene usted necesidad de nada? —preguntó con ansiedad mistress Carey. —De nada. Gracias. —Siendo así, yo iré a la iglesia. ¡Es tan raro que pueda ir por la tarde! —Yo me quedo en casa —dijo Philip—. Si miss Wilkinson tiene necesidad de algo puede llamarme. —Deja abierta la puerta del salón. Oírás mejor si miss Wilkinson llama. — Bien. De esta forma, después de las seis, Philip se quedó en casa solo con miss Wilkinson. La impaciencia le producía una especie de angustia. Maldecía su proyecto, pero ya era demasiado tarde. Era absolutamente necesario aprovechar aquella ocasión. De otro modo, ¿qué hubiera pensado de él miss Wilkinson? Fue al vestíbulo y aguzó el oído. No oyó nada. ¿Y si miss Wilkinson tuviera verdaderamente dolor de cabeza? Podía haberse olvidado de su proposición. El corazón le latía hasta hacerle daño. Subió la escalera lo más suavemente que le fue posible, estremeciéndose a cada crujido. Se acercó a la habitación de miss Wilkinson y escuchó. Luego puso la mano en el picaporte. Esperó. Le pareció que habían pasado más de cincuenta minutos antes de que acabara de decidirse. Su mano temblaba. Sentía deseos de echar a correr, de huir. Pero sabía que más tarde los remordimientos le atormentarían. Era como cuando uno sube al trampolín más alto de una piscina. Desde abajo parece una cosa de nada, pero cuando se llega arriba y se mira al agua uno siente que se le encoge el corazón. Y uno se lanza al agua sólo para evitar la vergüenza de tener que bajar la escalera humildemente. Philip hizo acopio de todo su valor. Alzó lentamente el picaporte y entró. Temblaba como una hoja. Miss Wilkinson se encontraba ante el tocador y se volvió

rápidamente al oír la puerta. — ¡Ah!, es usted. ¿Qué quiere? Se había quitado la falda y el corpiño quedándose con una falda bajera corta, que llegaba sólo hasta la caña de las botas. La parte superior de la falda era de brillante tela negra, con un adorno color de rosa. Llevaba un cubrecorsé de muselina blanca con manga corta. A Philip le pareció grotesco. Al mirarla se le cayó el alma a los pies. Nunca le había parecido menos atrayente. Pero era ya demasiado tarde para retroceder. 35. A la mañana siguiente se despertó temprano. Había padecido un sueño inquieto. Pero cuando se despertó mirando los dibujos que hacía el sol al entrar a través de la ventana, lanzó un suspiro de satisfacción. Sentíase contento de sí mismo. Empezó a pensar en miss Wilkinson. La joven le había rogado que la llamara Emily, mas él no se decidía a hacerlo. Para él siempre sería «miss Wilkinson». Y como esto no le agradaba evitó usar cualquier nombre. De niño había oído hablar a menudo de una hermana de tía Louisa, viuda de un oficial de marina, que se llamaba tía Emily. No le gustaba llamar a miss Wilkinson con aquel nombre y, por otro lado, le parecía que ninguno otro le venía bien. Frunció las cejas. La volvía a ver ahora bajo su peor aspecto. No podía olvidar su desaliento cuando la vio con la falda y el cubrecorsé. Recordaba su piel ligeramente áspera y las profundas arrugas del cuello. Su triunfo había sido de corta duración. Ahora hacía la cuenta de sus años y le parecía que no podía tener menos de cuarenta. Esto hacía que su aventura fuera ridícula. Miss Wilkinson era vieja y fea. Su imaginación hacía que apareciera ante él arrugada, seca, con los vestidos demasiado vistosos para su posición y demasiado juveniles para su edad. Se estremeció. De súbito sintió el deseo de no verla nunca más; además, la idea de besarla le resultaba insoportable. ¿Era aquello amor? Aplazó todo lo posible el momento de vestirse para retardar el momento de verla y al fin bajó al comedor con el corazón en un puño. Las oraciones habían terminado y todos estaban desayunándose. — ¡Perezoso! — dijo alegremente miss Wilkinson. La miró recibiendo una sensación de alivio. Estaba sentada de espaldas a la ventana y parecía guapa de veras. ¿Cómo podían habersele ocurrido aquellos estúpidos pensamientos? Sintióse satisfecho nuevamente. Sorprendióse enormemente al comprobar el cambio que se había producido en ella, la cual, con voz vibrante de emoción, le dijo en cuanto se quedaron solos que le amaba. Un poco más tarde fueron al salón para dar lección de canto y, en cuanto se sentaron en la banqueta, durante una vocalización, la pianista alzó el brazo diciendo: — Embrasse-moi. Mientras él se inclinaba hacia ella, miss Wilkinson le echó los brazos al cuello. La posición era más bien incómoda y Philip se sofocó. — Ah, je t'aime, je t'aime, je t'aime — exclamó con su pintoresco acento francés. ¿Quién sabe por qué no hablaba en inglés? — ¿No has pensado que el jardinero puede vernos a través de la ventana? — Ah, je m'en fiche du jardinier! Je m'en fiche, et je me contrefiche. Una verdadera situación de novela francesa. Este pensamiento irritó ligeramente a Philip sin saber por qué. Finalmente dijo: — Bien, entonces me iré poco a poco hacia la playa y me bañaré. — ¡Oh! ¿No querrás dejarme esta mañana, precisamente esta mañana? Philip no comprendía del todo por qué no podía ir a bañarse. De todas formas le preguntó sonriendo: — ¿Quieres que me quede? — ¡Oh, querido! Pero no, vete. Vete. Me gusta imaginarte mientras dominas las ondas y te sumerges en el vasto océano. Philip cogió el sombrero y se fue tranquilamente. «¡Cuántas estupideces dicen las mujeres!», pensó. Pero se sentía contento, feliz y halagado. Mientras cojeaba a lo largo de la calle principal de Blackstable, miraba con cierta superioridad a las personas que encontraba al paso. Conocía a casi todas y cuando las saludaba pensaba: «¡Si supierais!». Tenía deseo de contar su aventura. Pensó escribir a Hayward e imaginó mentalmente la carta. Le hablaría del jardín, de las rosas, de la institutriz francesa, que era como una flor exótica perfumada y perversa. Porque él diría que era francesa. ¡Había estado tanto tiempo en Francia que casi lo era! En cuanto al resto, hubiera sido mezquino contarle la historia con precisión. Lo que sí le contaría era que la primera vez que la había visto ella llevaba un vestido de muselina y le puso una flor en el ojal. Haría de toda la historia un idilio delicado. El sol y el mar daban a la escena una nota mágica y apasionada y las estrellas añadían su poesía. El viejo jardín del vicariato era un escenario entonado y exquisito. En todo ello había algo que recordaba las novelas de Meredith. Sentíase tan feliz, al pensar en todo lo que iba a escribir, que empezó a imaginar de nuevo la carta en cuanto volvió a la caseta de baño, fresco y goteante. ¿Cómo describiría al objeto de su amor? Diría que tenía la más adorable naricita del mundo, grandes ojos negros y una masa de cabellos castaños en los que era delicioso hundir el rostro. Además, un cutis de marfil brillante y las mejillas como rosas. ¿Cuántos años le pondría? Dieciocho. Y se llamaría Musette. Su risa sería fresca como el murmullo de un arroyo y su voz dulce y suave, era la música más armoniosa que se podía oír. — ¿En qué piensas? Philip se sobresaltó. Caminaba lentamente hacia su casa. — Hace ya un cuarto de hora que intento llamar tu atención. ¡Qué preocupado estás! Miss Wilkinson estaba ante él y se reía de su sorpresa. — Decidí venir a tu encuentro. — Has sido muy amable. — ¿Te he asustado? — Un poco — admitió. De todas formas escribió a Hayward. Una carta de ocho páginas. Pasaron rápidamente dos semanas, y aunque cada noche, cuando bajaban al jardín después de la cena, miss Wilkinson hiciera notar que había transcurrido otro día, Philip se hallaba de muy buen humor y la observación no le ponía triste. Una noche miss Wilkinson dijo que sería muy agradable poder dejar la colocación que tenía en Berlín y encontrar otra en Londres. De esta forma podrían seguir

viéndose. Philip respondió que, efectivamente, sería una cosa muy agradable, pero en realidad no se entusiasmó mucho por ello; pensaba divertirse mucho en Londres y no quería ligaduras. A continuación el joven habló de los proyectos que acariciaba y su interlocutora comprendió que estaba deseando irse. — ¡Si me amaras no hablarías así! — exclamó miss Wilkinson. Philip, que no se esperaba esta salida, no supo qué responder. — ¡Qué tonta he sido! — se lamentó luego ella. Philip notó que lloraba y se quedó sorprendido. Era muy sensible y no podía ver sufrir a nadie. — ¡Oh, perdóname! ¿Qué es lo que te he dicho? ¡No llores! — ¡Oh, no me abandones, Philip! No sabes lo que eres para mí. ¡He llevado una vida tan triste y tú me has hecho tan feliz! Philip la besó sin hablar. En la voz de Emily había una angustia que le sobrecogió. Nunca había imaginado que ella tomara en serio la cosa. — Estoy desolado. Ya sabes que te quiero mucho. Sería muy feliz si tú vinieras a Londres. — De sobra sabes que no puedo. Es casi imposible encontrar trabajo en Londres, y, además, detesto la vida en Inglaterra. Sin darse cuenta de que conmovido por la desesperación que ella exteriorizaba, representaba una comedia, Philip insistió. Las lágrimas de su amante le halagaban. La besó con verdadero transporte. Pero un par de días después miss Wilkinson le hizo otra escena que tuvo más importancia. En el vicariato se celebró una pequeña reunión y dos señoritas, hijas de un mayor retirado, recién establecido en Blackstable, asistieron para jugar al tenis. Eran muy guapas. Una tenía la edad de Philip y la otra un par de años menos. Habitadas a la compañía de los jóvenes — contaban una gran cantidad de anécdotas a propósito de su estancia en la India con su padre y hablaron de Rudyard Kipling, cuyas obras estaban en aquella época en todas las manos —, pusieron las muchachas a charlar alegremente con Philip. Éste, feliz de aquella novedad — las señoritas de Blackstable trataban siempre con cierta seriedad al sobrino del vicario —, se mostró alegre y sociable. Un pequeño demonio le empujó a hacer la corte a las muchachas, y como era el único joven de la reunión, las dos muchachas le acogieron amablemente. Jugaban muy bien al tenis y Philip, queriendo jugar con ellas y no sabiendo cómo deshacerse de miss Wilkinson — ésta había aprendido a jugar cuando llegó a Blackstable —, se las arregló para que ésta jugase contra la mujer del cura, teniendo al cura como compañero; cuando acabaran jugaría el joven con las recién llegadas. Se sentó junto a la mayor de las hermanas y le dijo en voz baja: — Primero nos desembarazaremos de los chambones y luego jugaremos una agradable partida. Probablemente miss Wilkinson hubo de oírle, toda vez que, soltando inmediatamente la raqueta, dijo que tenía dolor de cabeza y se metió en la casa. Era patente que se había ofendido. Philip se disgustó ante aquella publicidad. El cura y su mujer arreglaron su partida sin miss Wilkinson, pero mistress Carey llamó a su sobrino. — Philip, has ofendido a Emily, que ha subido a su cuarto y está llorando. — ¿Por qué? — No lo sé. Seguramente por algo a propósito de los chambones. Ve a buscarla y dile que no has querido ofenderla. — Perfectamente. Llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, entró en el cuarto. Emily se hallaba llorando, tendida en la cama. La tocó en un hombro. — ¿Se puede saber qué es lo que te pasa? — ¡Déjame! ¡No quiero hablar más contigo! — Pero ¿qué es lo que te he hecho? Estoy desolado de haberte ofendido. Ha sido involuntariamente. Anda, levántate. — ¡Oh, qué desgraciada soy! ¿Por qué eres tan cruel conmigo? Sabes que no me gusta ese juego estúpido. Me resigno a jugar sólo cuando lo hago contigo. Se incorporó y fue hacia el tocador; pero, tras una rápida mirada en el espejo, se sentó con dejadez. Luego hizo una pelota con el pañuelo, tapándose los ojos. — Te he dado cuanto una mujer le puede dar a un hombre. ¡Oh, qué tonta he sido! Y tú no estás ni agradecido siquiera. No tienes corazón. ¿Cómo puedes atormentarme haciendo la corte a esas dos muchachas tan vulgares? Sólo nos queda una semana de estar juntos. ¿No puedes ser para mí sola ni siquiera durante este corto tiempo? Philip se acercó a ella de mal humor. La encontraba pueril y le había sentado muy mal que hubiera demostrado su enfado ante los extraños. — Sabes de sobra que no me importan un pepino esas dos muchachas. ¿Por qué se te ha ocurrido que me gustan? Miss Wilkinson apartó su pañuelo. Las lágrimas habían dejado rastro en su rostro pintado y sus cabellos se hallaban un poco descompuestos. En aquel momento el vestido blanco le sentaba muy mal. Miró a Philip ávidamente, con pasión. — Porque tienen veinte años como tú — contestó con voz ronca —. Y yo soy vieja. Philip enrojeció y miró a otro lado. La angustia que transparentaba la voz de la mujer le hacía daño. En aquel momento hubiera deseado no haber tenido la menor relación con ella. — No quiero hacerte desgraciada — dijo un poco embarazado. — Es mejor que te vayas y sigas agasajando a las invitadas. Estarán preguntándose dónde te has metido. — Perfectamente. Sintióse feliz de poderla dejar. La pareja celebró pronto una reconciliación, pero los días que siguieron resultaron muy aburridos para Philip. Hubiera querido hablar sólo del porvenir; pero al hablar del porvenir provocaba invariablemente las lágrimas de miss Wilkinson. Al principio aquel llanto le conmovió, y, sintiendo vergüenza de su insensibilidad, el joven reanudó sus protestas de eterno amor. Pero pronto sintióse irritado. Si hubiera sido una muchacha, ¡menos mal! ¡Pero una mujer de esa edad! Con todos aquellos llantos resultaba ridícula de veras. Le recordaba continuamente que había contraído con ella una deuda de gratitud que nunca podría pagar. El joven estaba dispuesto a admitir tales cosas para que estuviera contenta. Pero no acertaba a darse cuenta por qué tenía él que estar más agradecido a ella que ella a él. Aquello de tener que demostrarle continuamente su

reconocimiento le aburría. Habitado a la soledad, sentía a menudo necesidad de ella. Pero esto a miss Wilkinson le parecía una infamia. Las hermanas O'Connor, hijas del mayor, le invitaron a un té, y Philip hubiera aceptado con alegría, pero miss Wilkinson dijo que sólo faltaban cinco días y que quería tenerlo para sí. Esto era halagador, pero al mismo tiempo resultaba aburrido por demás. Miss Wilkinson le hablaba de la extrema delicadeza de los franceses con sus amantes; hacía elogios de su cortesía, de su altruismo, de su trato; en suma, que miss Wilkinson tenía demasiadas pretensiones. Philip escuchó la enumeración de las cualidades que debía poseer un perfecto amante y no pudo menos de sentirse satisfecho de que ella viviera en Berlín. —Me escribirás, ¿verdad? Debes escribirme cada día. Quiero saber todo lo que haces, no debes esconderme nada. —Tendré mucho que hacer —respondió Philip—, pero escribiré lo más a menudo que me sea posible. Ella le echó los brazos al cuello y le abrazó con pasión. A veces aquellas demostraciones de afecto le producían cierto embarazo. La habría preferido más pasiva. Ver que era ella quien tomaba la iniciativa le enojaba y hería su idea del pudor femenino. Finalmente llegó el día de la partida de miss Wilkinson. Ésta bajó a desayunarse pálida y abatida, llevando un traje de cuadritos blancos y negros: la auténtica institutriz. Philip callaba, no sabiendo qué decir que estuviera a tono con las circunstancias, y temiendo por otro lado que, si se mostraba desenvuelto, la mujer hiciera una escena delante de los tíos. Se habían dado el último adiós en el jardín y Philip se sentía muy dichoso de no tener que permanecer solo con ella. Se quedó en el comedor después del desayuno, temeroso de que miss Wilkinson quisiera abrazarle por la escalera. No quería ser visto por Manan —mujer madura y con la lengua suelta— en una situación comprometedor. La criada no sentía simpatía por la forastera y la llamaba «vieja pécora». Tía Louisa no se sentía muy bien y no pudo ir a la estación. El vicario y Philip acompañaron a miss Wilkinson. Cuando ya el tren iba a salir, la viajera se inclinó para besar a mister Carey. —Un beso también para usted, Philip —dijo. Philip enrojeció. Subió al estribo y recibió un beso rápido. El tren se movió y miss Wilkinson se apresuró a sentarse en el ángulo de su departamento, llorando desesperadamente. Al volver a casa, Philip se sintió extrañamente aliviado. —¿Ha partido sana y salva? —preguntó tía Louisa. —Sí —contestó el marido—, y estaba bastante emocionada. Ha querido besarnos a mí y a Philip. —¡Oh, a su edad eso no es peligroso! —subrayó lo de la edad—. Hay una carta para ti, Philip. Ha venido en el segundo correo. Era de Hayward y decía: Querido amigo: Respondo a vuelta de correo a su carta. Me he permitido leérsela a una buena amiga mía, una mujer fascinadora cuya simpatía es verdaderamente preciosa para mí, amante de la literatura y del arte. Ambos hemos encontrado deliciosa su carta. Está escrita con el corazón y usted no ignora la exquisita ingenuidad que encierra cada palabra. Amando es usted un verdadero poeta. ¡Ah, querido amigo, eso es la cosa más bella! He sentido todo el esplendor de su reciente pasión, y su prosa resulta musical por la sinceridad de sus emociones. ¡Debe de ser usted muy feliz! Hubiera querido estar presente en forma invisible en el jardín encantado por el que paseaban cogidos de la mano como Dafnis y Cloe en medio de las flores. Me parece verle, querido Dafnis, con los ojos iluminados por el amor, tierno, apasionado, ardiente, mientras que entre sus brazos, Cloe, fresca, joven y guapa, juraba que no consentiría... mientras consentía. ¡Rosas, violetas y madre selvas! ¡Cómo le envidio, amigo mío! ¡Es tan bello que su primer amor haya sido pura poesía! Conserve como oro en paño el recuerdo de esos momentos, porque los dioses inmortales le han concedido el mayor de los dones y será un dulce y triste recuerdo hasta el último día. Nunca más podrá usted gozar de un éxtasis igual. El primer amor es el mejor. Ella es bella y usted es joven. El mundo es de ustedes. He sentido que mi pulso latía más rápidamente cuando con adorable simplicidad me ha contado usted que ha escondido el rostro entre sus adorables cabellos. Precisamente son de un exquisito tinte castaño que produce reflejos de oro. Querría verlos sentados bajo un frondoso árbol leyendo Romeo y Julieta. Y también querría que se arrodillase usted y besara en mi nombre el suelo que el pie de ella ha hollado. Dígame que es el homenaje de un poeta a su radiante juventud y al amor de usted por ella. G. ETHERIDGE HAYWARD. —¡Cuánta estupidez! —exclamó Philip. Cosa extraña: miss Wilkinson había intentado que leyeran juntos Romeo y Julieta, pero Philip se había negado. Metiéndose la carta en el bolsillo, Philip experimentó una sensación de amargura al pensar que la realidad era tan diferente del ideal. 36. Pocos días después Philip partió para Londres. El cura le había recomendado cierto departamento en Barnes, y Philip llegó a un acuerdo a base de quince chelines semanales. Llegó por la noche. La dueña, una viejecita encorvada, con el rostro lleno de arrugas, le había preparado un té abundante. El salón estaba casi enteramente ocupado por un aparador y una mesa cuadrada. Contra la pared había un diván de crin. Ante la chimenea una poltrona de lo mismo, con una funda de tela blanca en el respaldo, y sobre el asiento un cojín que escondía los muelles rotos. Después de tomar el té deshizo el equipaje y colocó los libros en su sitio. A continuación se sentó e intentó leer; el silencio de la calle le producía una sensación de disgusto y la soledad le pesaba. Al día siguiente se levantó temprano. Se puso el sombrero alto, recuerdo del colegio, pero le pareció muy usado y pensó comprarse otro mientras se dirigía a la oficina. Hecho esto, vio que todavía le quedaba tiempo y echó a andar lentamente por el Strand. La oficina de Herbert Carter y Compañía estaba en una callejuela que

desembocaba en Chacery Lane, y tuvo que andar la calle dos o tres veces. Notó que le miraban mucho y una vez se quitó el sombrero para ver si se había dejado la etiqueta. Acercándose llamó a la puerta, pero nadie respondió. Miró el reloj: no eran aún las nueve y media. Seguramente era demasiado pronto. Se fue a dar una vuelta y volvió al cabo de diez minutos; un joven fornido provisto de una larga nariz, con el rostro abultado y un fuerte acento escocés, le abrió la puerta. Philip preguntó por mister Carter. No había llegado todavía. — ¿A qué hora viene? — Entre las diez y las diez y media. — Entonces le esperaré. — ¿Qué desea usted? Philip estaba nervioso, pero intentó disimularlo adoptando un tono jocoso. — Vengo con intención de trabajar aquí, si ustedes no se oponen. — ¡Ah!, ¿es usted el nuevo meritorio? Entre. Dentro de poco estará aquí mister Goodworthy. Philip entró y se dio cuenta en seguida de que el joven — tenía la misma edad que Philip y se daba el título de empleado de oficina — le miraba el pie. Enrojeció y se sentó en seguida, escondiéndoselo detrás del otro. La habitación era más bien oscura y estaba sucia. La luz entraba por una pequeña ventana. Había tres hileras de pupitres provistos de altos bancos. Sobre la chimenea, un grabado manchado representaba un combate de boxeo. Entró un empleado y luego otro. Echaron una ojeada a Philip y preguntaron en voz baja al ordenanza — Philip supo que se llamaba Macdougall — quién era el recién llegado. Se oyó un timbre y Macdougall se puso en pie. — Mister Goodworthy ha llegado. ¿Le digo que está usted aquí? — Sí, haga el favor. El ordenanza salió, y regresó después de un momento. — ¿Quiere hacer el favor de venir por aquí? Philip le siguió a través de un corredor y fue introducido en una habitación modestamente arreglada en la que un hombre bajito y delgado permanecía en pie con la espalda apoyada en la chimenea. Estaba muy por debajo de la estatura media y su cabeza, demasiado grande para su cuerpo, le daba un aire grotesco. Sus facciones eran achatadas y sus ojos tenían un color claro y se le salían de las órbitas. Tenía el cabello ralo y rojizo y las patillas le crecían de un modo desigual. Debieron de ser muy espesas en otros tiempos. Su rostro era amarillento y flaco. Ofreció la mano a Philip y sonrió enseñando unos dientes horribles. Hablaba con aire protector y tímido al mismo tiempo, como si quisiera darse una importancia de la que no estaba muy convencido. Dijo a Philip que esperaba que el trabajo le fuera grato. Ciertamente era necesario afrontar cosas desagradables, pero, cuando se habitúa uno, la profesión no deja de tener interés. Además, se gana bastante, y esto es lo que importa, ¿no es cierto? Rió con aquella mezcla de superioridad y timidez que le caracterizaba. — Mister Carter estará aquí dentro de poco. Los lunes por la mañana viene siempre un poco tarde. Le llamaré cuando llegue. Mientras tanto le daré algo que hacer. ¿Tiene usted algunas nociones de contabilidad? — Temo que no. — Me lo imaginaba. Se ve que en el colegio no les enseñan muchas cosas útiles para el comercio — reflexionó un momento —. Pero creo que encontraré algo para usted. Entró en la habitación de al lado y volvió poco después con una gran caja de cartón. Contenía una gran cantidad de cartas en el mayor desorden. Dijo a Philip que las distribuyera por orden alfabético de acuerdo con el nombre del corresponsal. — Le conduciré hasta la habitación de los meritorios. Hay allí un muchacho muy simpático, un tal Watson. Es hijo de Watson Crag y Thompson, ¿sabe usted?, los fabricantes de cerveza. Permanecerá un año con nosotros para ponerse al corriente de la contabilidad. Mister Goodworthy le hizo atravesar de nuevo la sucia oficina donde se hallaban trabajando seis o siete empleados y le condujo a una estrecha habitación separada de otra más ancha por una gran mampara de cristales. Watson, acomodado en una butaca, leía *The Sportman*. Era un joven alto y robusto, vestido con elegancia. Cuando oyó entrar a mister Goodworthy alzó los ojos. Dicho joven solía demostrar su superioridad llamando Goodworthy a secas al primer empleado. Éste, picado con tal familiaridad, le llamaba pomposamente «mister Watson». Pero Watson, en lugar de darse cuenta de que le daban el tratamiento con retintín, lo acogía con toda naturalidad, como si fuera un homenaje debido a su privilegiada condición. — He visto que han retirado a Rigoletto — dijo a Philip en cuanto se quedaron solos. — ¿De veras? — preguntó Philip, que no entendía una palabra de carreras de caballos. Observó con respetuosa admiración el atavío de Watson. Su tait estaba cortado a la perfección y un alfiler de valor brillaba en medio de una enorme corbata. Sobre la chimenea se hallaba su sombrero alto, en forma de campana, reluciente a más no poder. Philip se dio cuenta de que él estaba muy mal vestido. Watson se puso a hablar de fútbol y dijo que era una lástima perder tanto tiempo en aquella oficina y no poder ir a cazar más que los sábados. En su casa de campo había muchos invitados y no podía ir a reunirse con ellos. ¡Maldita vida! Pero no la soportaría mucho tiempo. Permanecería en aquel maldito agujero sólo por un año. Transcurrido éste, entraría en el negocio de su casa e iría a cazar cuatro veces por semana. — Usted ha de estar aquí cinco años, ¿no es verdad? — Creo que sí — respondió Philip. — Entonces tendremos tiempo de vernos. Carter trabaja por cuenta nuestra. Philip permaneció algo desconcertado ante la condescendencia con que el joven le hablaba. En Blackstable se solía considerar a los fabricantes de cerveza con cierto desprecio y por lo tanto le era muy extraño comprobar que Watson era un personaje tan importante y mundano. Había estado en Winchester y en Oxford y hablaba frecuentemente de ello. Cuando se enteró de las particularidades de la educación de Philip acentuó su tono protector. — Sin duda alguna, cuando uno no va a la Universidad, los colegios de ese género son los mejores,

¿no es verdad? Philip le pidió detalles sobre los demás empleados de la oficina. — ¡Oh, yo no me trato con ellos! Carter no está mal. De vez en cuando le invitamos a comer. Los demás son un puñado de andrajosos. A continuación Watson se aplicó a su trabajo, y Philip comenzó a clasificar las cartas. Poco después Goodworthy fue a decir que mister Carter había llegado y condujo a Philip hasta una espaciosa habitación situada junto a la suya, en la que se veía una enorme mesa escritorio, dos amplias butacas y una alfombra turca. En la pared, unos cuantos grabados con motivos de caza. Mister Carter se puso en pie para estrechar la mano a Philip. Parecía un militar con su bigote lleno de cosmético, sus cortísimos cabellos grises, su postura rígida y su concisa forma de hablar. Vivía en Enfield, le gustaban mucho los deportes y amaba el bien del país. Era oficial de la guardia nacional de Hartfordshire y presidente de un círculo conservador. Cuando se enteró de que un magnate local había dicho refiriéndose a él: «No se parece en nada a un hombre de la City», pensó que no había vivido en vano. Habló a Philip con amable desenvoltura. Mister Goodworthy se encargaría de él. Watson era un simpático muchacho, un perfecto caballero, un deportista excelente. ¿Le gustaba cazar a Philip? ¿No? Lástima. La caza era el verdadero deporte del caballero. Él, por su parte, no tenía demasiadas ocasiones de cazar a caballo y dejaba tal deporte a su hijo. Su hijo estaba en Cambridge; le había mandado a Rugby, un colegio muy bien frecuentado. Transcurridos un par de años, su hijo vendría a hacer práctica en la oficina. Philip encontraría en él un buen compañero, simpático y deportista nato. Esperaba que Philip tuviera éxito y tomara gusto a su trabajo. Debía acordarse siempre de las lecciones recibidas, pues la existencia de caballeros en la profesión daba tono a ésta. ¡Ah, bien, bien! Aquí está mister Goodworthy. Para todo lo que necesite, mister Goodworthy podrá ayudarle. ¿Cómo estamos de caligrafía? Bien. También para esto se las entenderá usted con Goodworthy. Philip se sorprendió de aquel signo de distinción. En la Inglaterra oriental se distinguía quién era gentleman y quién no lo era. Pero el que lo era no se jactaba de serlo. 37. Al principio la novedad del trabajo interesó a Philip. Mister Carter le dictaba cartas, y, además, tenía que poner en limpio el estado de cuentas. Mister Carter deseaba que en su oficina reinase la mayor distinción. No quería máquinas de escribir y no le gustaba la taquigrafía. El más joven de los empleados era taquígrafo, pero sólo mister Goodworthy se servía de él. De vez en cuando, acompañado de uno de los empleados más prácticos, Philip iba a verificar los libros de alguna razón social, con lo que se dio cuenta de qué clientes debían ser tratados con respeto y cuáles se encontraban en mala situación. En ocasiones le daban grandes columnas de cifras para que las sumara. Asistía al curso preparatorio para poder efectuar su primer examen. Mister Goodworthy solía repetirle que aquel trabajo parecía monótono al principio, pero que luego se le cogía el gusto. A las seis dejaba Philip la oficina y atravesaba el puente para volver a casa. Cenaba y pasaba la velada leyendo. La tarde de los sábados iba a la National Gallery. Hayward le había recomendado una guía que había sido hecha tomando como norma los escritos de Ruskin. Con el libro en la mano, el joven pasaba de una sala a la otra seguro de lo que hacía, leyendo con cuidado lo que el crítico había dicho de los cuadros y esforzándose en hallar las mismas cosas. Los domingos eran aburridos. No conocía a nadie en Londres. Nixon, el abogado de la familia, le invitó un domingo a ir a Hampstead, y Philip pasó un día feliz en una compañía muy animada. Comió y bebió abundantemente, dio un paseo por el campo y se marchó después de haber sido invitado a que volviera las veces que quisiera. Pero el temor morboso de ser importuno le indujo a esperar una invitación formal, que no llegó nunca, ya que los Nixon tenían muchos amigos y olvidaron a aquel joven silencioso. Philip tomó la costumbre de levantarse tarde el domingo y de irse a pasear por el trozo de río donde están los remolcadores. El río, en Barnes, discurre sucio y fangoso, sin el encanto de la parte que está por encima de las cisternas y sin la atracción romántica de los grupos de embarcaciones del puente de Londres. Por la tarde paseaba por los alrededores, terreno gris y sucio que no era campo ni ciudad, donde crecían indistintamente matorrales o retama. Todos los contornos eran desechos de la civilización. El sábado por la noche iba al teatro, y durante una hora o más hacía alegremente cola en la puerta del paraíso. No valía la pena de volver a Barnes durante el intervalo de tiempo que mediaba entre el cierre del museo y la comida en el A.B.C. Vagabundeaba por Bond Street y Burlington Arch y cuando se sentía cansado iba a sentarse en el parque o, si llovía, metíase en la biblioteca de Martin's Lane. Miraba a los paseantes y los envidiaba porque tenían amigos. A veces su envidia se transformaba en odio porque ellos eran felices y él no. Nunca había imaginado que pudiera uno sentirse tan sólo en una gran ciudad. En ocasiones, durante las esperas ante la puerta de los teatros, un vecino de cola intentaba entablar conversación con él, pero a Philip le dominaba la desconfianza propia de los provincianos y respondía de forma que la conversación quedara interrumpida lo más pronto posible. Después del teatro, obligado a guardar para sí sus impresiones, atravesaba con presteza el puente para volver a su casa. En sus dos habitaciones, en las que el fuego no había sido encendido por economía, sentía encogersele el corazón. Estaba terriblemente triste. Empezó a odiar su alojamiento y las largas noches solitarias que pasaba en él. En todo momento la soledad pesaba tanto sobre su ánimo que no acertaba ni a leer. Presa de una amarga desesperación permanecía horas y horas contemplando el fuego. Llevaba tres meses en Londres y,

exceptuando el domingo pasado en Hampstead, no había hablado más que con sus compañeros de trabajo. Una noche Watson le invitó a cenar en el restaurante y luego fueron a un music-hall, pero Philip se sintió intimidado y a disgusto. Su compañero no hizo más que hablar de cosas que no le interesaban. Mas, no obstante considerarle como un filisteo, Philip no podía menos de admirarle. Le irritaba la indiferencia que Watson sentía hacia su cultura y, llevado de su manía de ponerse siempre en el mismo nivel que los demás, comenzó a despreciar la instrucción que siempre le había parecido imprescindible. Por primera vez en su vida experimentó la humillación de la pobreza. Su tío le mandaba catorce chelines al mes y él tenía que vestirse y arreglárselo todo con tal cantidad. El traje de etiqueta le costó cinco guineas. Por nada del mundo habría confesado a Watson que lo compró en la Strand; para Watson sólo existía un sastre en Londres. —Me figuro que usted no baila —le dijo un día Watson mirando su pie deforme. —No. —Lástima. Me habían pedido que llevara un joven que bailara —a una fiesta. Hubiera podido presentarle a algunas lindas muchachas. Durante un par de veces, asustado al pensar que había de regresar a Barnes, se quedó en la ciudad las primeras horas de la noche y anduvo errante por el West End en busca de casas donde hubiera alguna reunión. Se mezclaba a los grupos de gente modesta que, tras la fila de lacayos, esperaban la llegada de los invitados, mientras escuchaban la música que se oía a través de las ventanas. A veces, a pesar del frío, una pareja salía a un balcón a respirar un poco de aire fresco. Philip se imaginaba que eran dos enamorados y se alejaba cojeando y con el corazón encogido. Nunca se encontraría él en el lugar de aquel hombre. Ninguna mujer podría mirarle sin disgusto a causa de su deformidad. Pensó en miss Wilkinson. Pero pensó en ella sin sentir satisfacción. Antes de separarse acordaron que ella le escribiría a la lista de correos de Charing Cross hasta que Philip le mandara su dirección. Cuando se acercó a la ventanilla le entregaron tres cartas escritas en francés sobre papel azul y con tinta violeta. ¿Por qué no escribía en inglés como una mujer razonable? Las expresiones apasionadas de su amiga, expresiones que le recordaban las novelas francesas, le dejaron frío. La mujer le echaba en cara su silencio. El joven le respondió excusándose y alegando que estaba ocupadísimo. Se le presentó una dificultad al encabezar la carta: no se decidía a usar ningún apelativo tierno y además no le gustaba llamarla Emily. Por fin se decidió a empezar la carta poniendo: «Querida». Aquella palabra, al no ir seguida de ningún nombre, le producía un efecto extraño, pero le pareció suficiente. ¡Su primera carta de amor! Se daba perfecta cuenta de que faltaba en ella calor y vivacidad; pensaba que habría debido escribir frases ardientes, afirmar a miss Wilkinson que pensaba en ella todo el día, que anhelaba besar sus bellas manos y que el recuerdo de su roja boca le hacía temblar, pero una especie de pudor se lo impedía. En lugar de eso le habló de su alojamiento y de su oficina. La respuesta llegó a vuelta de correo. Era una carta irritada, desesperada, llena de reproches. ¿Cómo podía mostrarse tan frío? ¿No se daba cuenta de lo indiferentes que resultaban sus cartas? Le había dado todo lo más que una mujer pueda dar y ésa era la recompensa. ¿Se había cansado ya de ella? Y como Philip no respondió en seguida a esta carta, miss Wilkinson empezó a mandarle cartas y más cartas. No podía soportar su frialdad, esperaba con ansiedad continuamente una carta que nunca llegaba, se pasaba las noches llorando y se conocía tanto lo que sufría que todos le preguntaban la causa. Si no la amaba, ¿por qué no se lo decía? Aseguraba que no podría vivir sin él y que no le quedaba otro recurso que morirse. Le acusaba de indiferencia, de egoísmo y de ingratitud. Todo esto en francés, para que hiciera más efecto. Philip lo sabía, pero no por eso dejaba de estar preocupado. No quería hacerla desgraciada. Después de algún tiempo miss Wilkinson escribió que no podía soportar más tiempo la separación y que había encontrado la manera de poder ir a Londres para Navidad. Philip respondió que la cosa hubiera sido muy agradable para él, pero que había pedido ya permiso para pasar las fiestas en el campo, con unos amigos, y no sabía cómo desligarse del compromiso. La mujer replicó a esto que no intentaba imponerse a él, ya que era evidente que no quería verla más; se encontraba profundamente herida. Nunca habría creído que él respondiera de aquel modo a su bondad. En suma, era una carta conmovedora y Philip creyó encontrar rastros de lágrimas en ella. El joven respondió impulsivamente a ella diciendo que estaba desolado y suplicándole que fuera a verle; pero, en el fondo, Philip deseaba que su amiga no pudiera ir a Londres. Desde entonces, cada vez que veía una carta suya, se le caía el alma a los pies y retardaba el momento de abrirla, pues ya sabía que contenía quejas, reproches y frases sentimentales, las cuales le producían una sensación de perfidia, y por lo tanto le parecía que él no tenía nada que reprocharse. Una de las veces en que retardó mucho la respuesta, llegó una carta de miss Wilkinson en la que ésta se quejaba de estar enferma, sola y de ser desgraciada. — ¡Dios mío, cuánto daría por no haberla conocido! Philip admiraba a Watson porque éste se las arreglaba muy bien para deshacerse de tal género de compromisos. Había sostenido relaciones con una actriz que actuaba en provincias, y sus confidencias llenaban a Philip de envidioso estupor. Cuando se cansó de ella contó a Philip su rompimiento con todo género de detalles. —He pensado que era inútil alargar las cosas y le he dicho sencillamente que me he cansado de ella. — ¿Y no ha hecho ninguna escena? —La eterna historia. Pero yo le he dicho que conmigo era completamente inútil. — ¿Ha llorado? —Empezó a llorar, pero yo no puedo soportar a las mujeres que lloran, y le he hecho

comprender que la plantaba. El sentido del humorismo se había hecho más agudo en Philip con el transcurso del tiempo. — ¿Y la ha plantado usted? —preguntó sonriendo. — ¡Me parece que no había otra cosa que hacer! A todo esto se acercaban las vacaciones de Navidad. Mistress Carey estuvo enferma durante todo el mes de noviembre y el médico aconsejó al vicario que la llevara por un par de semanas a Cornualles para que se repusiese. El resultado de esto fue que Philip no tuvo dónde ir y se tuvo que quedar en Londres durante las fiestas de Navidad. El joven se hallaba convencido, bajo la influencia de Hayward, de que las fiestas de Navidad era una costumbre bárbara y vulgar. Por lo tanto, decidió dejar transcurrir la jornada como si fuera exactamente igual a todas las demás. Pero la alegría que había a su alrededor le causó tristeza. La dueña de la casa, junto con su marido, iban a pasar el día en compañía de su hija casada. Para evitar el fastidio, Philip decidió comer fuera. Hacia el mediodía se fue al centro y en un restaurante comió una ración de pavo y un pedazo de budín navideño. Luego, no teniendo nada que hacer, se marchó a la Abadía de Westminster para asistir al servicio de la tarde. Las calles estaban casi vacías y las pocas personas que encontraba parecían preocupadas. Dichas personas no callejeaban, sino que caminaban evidentemente hacia una meta; poquíssimas iban solas. A Philip le parecía que todas eran felices, y él, por contraste, se sintió más desamparado de lo que había estado nunca. Tenía intención de pasar más tiempo por las calles, pero la vista de los grupos alegres que charlaban, bromeaban y reían le ponían melancólico, y se volvió a su casa. En Westminster Bridge Road compró un poco de jamón y dos pasteles, que comió en su solitaria habitación. Luego pasó la velada con ayuda de un libro, en un estado de insoportable depresión. De vuelta a la oficina tuvo que soportar el relato de Watson sobre aquellas breves vacaciones. En su casa hubo muchachas invitadas, y después de la comida quitaron todos los muebles del salón y organizaron un baile. —Figúrese que me fui a acostar a las tres; no sé cómo he podido venir hoy. No quiera saber cuánto bebí. Hoy me siento la garganta como si fuera de madera. Philip preguntó desesperadamente: —Pero ¿qué es lo que se hace para conocer a alguien en Londres? Watson le miró sorprendido, mostrando a la vez cierto divertido desprecio. — ¡Oh!, no lo sé; se conoce a la gente porque sí. Si uno va a un baile conoce a más gente de la que quiere. Philip odiaba a Watson en aquel momento; sin embargo, hubiera dado cualquier cosa por encontrarse en su lugar y, como cuando estaba en el colegio, intentó meterse en la piel de otro e imaginó lo que hubiera sido su vida si hubiese sido Watson. 38. A últimos de año había mucho que hacer. Philip fue muchas veces a las compañías que inspeccionaba con otro empleado llamado Thompson; éste pasaba el día de manera monótona, enumerando los artículos de venta que el otro revisaba. A veces le entregaba largas columnas de cifras para que las sumara. No había tenido nunca gran disposición para la aritmética y sumaba muy lentamente. Thompson se irritaba al ver sus errores. Era un hombre alto y delgado, cuarentón, de cabellos negros, bigote crespo, mejillas hundidas y dos arrugas profundas a los lados de la nariz. Sentía antipatía por Philip porque éste era meritorio de oficina. Debido a las trescientas libras que había tenido que depositar y a la posibilidad de mantenerse durante cinco años, aquel muchacho podía hacer una carrera, mientras que él, no obstante su experiencia y su actividad, no sería nunca más que un empleado que ganaba treinta y cinco chelines a la semana. Era un hombre de carácter agrio, cargado de familia; el desprecio hacia él, que creía advertir en Philip, le irritaba, y él, a su vez, despreciaba la educación superior del joven, pareciéndole ridícula su pronunciación, no perdonándole su acento dialectal. Al principio se limitaba a mostrarse descortés y antipático, pero cuando descubrió la falta de disposición de Philip para la contabilidad, se divirtió humillándole. Sus pullas eran punzantes y groseras, pero herían a Philip, el cual, para defenderse, adoptaba un tono de superioridad que estaba muy lejos de sentir. — ¿Se ha bañado usted esta mañana? —preguntaba Thompson cuando Philip llegaba con retraso. (El joven no acertaba nunca a ser tan puntual como el primer día). —Sí. ¿Y usted? —No, yo no soy un señor; yo no soy más que un simple empleado. Me baño solamente los sábados por la noche. —Seguramente se debe a eso el que los lunes se muestre usted más descortés que de ordinario. — ¿Será usted tan amable que acceda a hacer hoy algunas facilísimas sumas? Temo pedir demasiado a un gentleman que sabe latín y griego. —Sus sarcasmos no son muy afortunados. Pero Philip no podía negarse a sí mismo que los demás empleados, mal pagados y vulgares, resultaban más útiles que él. Dos o tres veces mister Goodworthy acabó por impacientarse. Philip escuchaba con gesto de persona incomodada. No le gustaba que le hicieran observaciones, y se sentía humillado cuando después de haberle dado cuentas para copiar, mister Goodworthy quedaba descontento y mandaba a otro que las rehiciera. Al principio el trabajo le parecía soportable por su novedad, pero después le resultaba completamente aburrido. En ocasiones, en vez de hacer un trabajo, perdía el tiempo haciendo dibujos en el papel de cartas de la oficina. Eran apuntes de Watson en todas las posturas; y su compañero de trabajo los admiraba. En cierta ocasión se los llevó a su casa y al día siguiente le comunicó los elogios que había hecho de su obra toda su familia. —Me gustaría saber por qué no se ha hecho usted pintor. Claro que no es una profesión lucrativa. Esperó algunos días a que mister Carter fuera a comer con los Watson para enseñarle los diseños. Al día siguiente mister Carter llamó a Philip. El joven no le veía casi nunca y su

presencia le infundía cierto respeto. —Oiga, jovencito. A mí no me importa nada lo que haga usted fuera de la oficina. Pero creo que sus diseños están hechos aquí, pues he visto que utiliza usted nuestros impresos. Por otra parte, Goodworthy se lamenta de su poca actividad. No hará usted nada bueno como empleado si no pone un poco más de atención en su trabajo. Es una profesión magnífica a la que se han dedicado muchos jóvenes de valía, pero para la cual es necesario... —buscó algo expresivo para acabar la frase y como no encontraba nada a propósito terminó modestamente—, es necesario que uno se interese en el trabajo. Philip, seguramente, se hubiera puesto a trabajar con ardor a no ser por el acuerdo que le permitía, en cuanto el trabajo no le gustara, renunciar transcurrido un año, retirando la mitad de su dinero. Se sentía capaz de hacer algo mejor que sumar cifras, y era para él una humillación realizar tan mal un trabajo que despreciaba. Las escenas vulgares que le hacía Thompson le atacaban los nervios; En marzo Watson terminó su año de prácticas y Philip, a pesar de la poca simpatía que sentía por él, le vio marchar con cierto disgusto. La envidia que sentían los otros empleados de los dos que pertenecían a una clase superior establecía entre ellos una especie de lazo. Al pensar que tendría que pasar todavía cuatro años entre aquella gente, sentíase Philip próximo a la desesperación. Había confiado encontrar en Londres cosas magníficas y no había encontrado nada. En la actualidad detestaba la ciudad. No conocía a nadie y no sabía cómo debía proceder para llegar a conocer a alguien. Estaba cansado de su soledad. Empezó a pensar que no podía soportarlo más. Durante la noche, cuando se encontraba en el lecho, pensaba en la alegría de no ver nunca más la sucia oficina con sus odiosos empleados y de abandonar para siempre su melancólico alojamiento. En la primavera tuvo una gran desilusión. Hayward había anunciado su intención de presentarse en Londres para la season y Philip gustaba por anticipado el placer de volver a verle. En los últimos tiempos había leído y reflexionado tanto que su cerebro rebosaba de ideas que deseaba discutir, pero no conocía a nadie que se interesara por las cosas abstractas. La idea de poder hablar, por fin, cuanto quisiera, le excitaba en grado sumo, por lo que se quedó desolado cuando Hayward le escribió diciendo que aquélla era la primavera más bella que se había visto en Italia y que no se decidía a abandonar la península italiana. ¿Por qué no iba en su busca Philip? ¿Por qué malgastaba su juventud en una oficina cuando el mundo era tan bello? La carta proseguía: No comprendo cómo puede usted soportarlo. El recuerdo de Fleet Street y de Lincoln's Inn me produce una sensación de disgusto. En el mundo hay sólo dos cosas que hacen que la vida sea digna de ser vivida: el amor y el arte. No acierto a imaginarle sentado en una oficina e inclinado sobre un libro mayor. ¿Lleva usted un sombrero alto, un paraguas y una cartera negra? Según mi parecer, la vida debe ser considerada como una aventura. Es necesario arder en una llama viva, correr riesgos, exponerse a los peligros. ¿Por qué no va usted a París para estudiar pintura? Siempre he creído que tiene usted talento. Esta sugestión coincidió con la idea que de un modo vago ocupaba la mente de Philip desde hacía algún tiempo. Al principio la idea le había producido cierto miedo, pero no pudo alejarla de sí, y pensando continuamente en ella llegó a la conclusión de que no había otro camino para huir de la miseria de su condición actual. Todos afirmaban que tenía disposición. En Heidelberg, habían admirado sus acuarelas; miss Wilkinson le había dicho muchas veces que eran deliciosas. Incluso personas extrañas como Watson habían elogiado sus bocetos. La Vie de bohème había producido en él una profunda impresión. Se había llevado la obra a Londres y cuando estaba muy abatido le bastaba leer cualquier página para sentirse transportado a las buhardillas donde Rodolfo y sus amigas amaban, bailaban y cantaban. Empezó a pensar en París como anteriormente había pensado en Londres, pero sin el temor de una segunda desilusión; anhelaba la belleza, el amor, el romanticismo y sabía que París podía ofrecerle todo esto. La pintura le apasionaba: ¿por qué no podía convertirse en un buen pintor? Escribió a miss Wilkinson para preguntarle cuánto creía que pudiera costar la vida en París. Miss Wilkinson aprobó con entusiasmo su proyecto y le dijo que podría arreglárselas muy bien con ochenta libras al año, y que era un verdadero delito marchitarse desempeñando un oficio. «¿Quién quería ser empleado teniendo la posibilidad de convertirse en un artista?», le decía dramáticamente. Y le suplicó que creyera en sí mismo; esto era lo más importante. Pero Philip era prudente por naturaleza. A Hayward le era fácil hablar de aventuras porque tenía aseguradas trescientas libras al año, pero todo el patrimonio de Philip ascendía a mil ochocientas libras. Titubeó. Pero un día mister Goodworthy le preguntó inopinadamente si le gustaría ir a París. La casa llevaba la contabilidad de un hotel del Faubourg Saint-Honoré, propiedad de una sociedad inglesa; dos veces al año se presentaba allí en compañía de un empleado. El que solía acompañarle estaba enfermo y la urgencia de ciertos trabajos impedía que se ausentara ningún otro. Goodworthy había pensado en Philip porque era el menos indispensable. Además, su situación de meritorio le daba cierto derecho a aquel trabajo, que era considerado como un placer. Philip recibió con gran alegría la proposición. —Tendremos que trabajar todo el día —dijo Goodworthy—, pero durante la noche seremos libres... y París es París —sonrió intencionadamente—. En el hotel nos tratan muy bien y nos dan de comer gratis. De esta forma, a expensas de los demás, me gusta mucho ir a París. Cuando llegaron a Calais y Philip vio el grupo de mozos gesticulantes que había ante el muelle sintió latir su corazón con

fuerza. —Esto es lo que yo anhelaba —se dijo para sí. Era todo ojos mientras el tren atravesaba la campiña. Le parecieron encantadoras las arenosas dunas, cuyo color tuvo por el más bello que había visto hasta entonces, y también se lo parecieron los canales y las largas hileras de álamos. Cuando salieron de la estación del Norte y avanzaron calle adelante, en una carroza desvencijada, le pareció respirar un aire tan embriagador que tuvo que dominarse para no gritar. Fueron recibidos en la puerta del hotel por el director, un hombre grueso y simpático que mascullaba discretamente el inglés. Mister Goodworthy era un viejo amigo y fue acogido con efusión. Comieron en el departamento particular del director, con él y su esposa, y a Philip le pareció que nunca había comido nada tan exquisito como aquel *beefsteak aux pommes*, ni bebido un néctar mejor que el *vin ordinaire* que sirvieron. Para mister Goodworthy, respetable padre de familia de excelentes principios, la capital de Francia era un paraíso de alegre obscenidad. Preguntó al director qué era lo más picante que podía verse. Aquellas excursiones a París le gustaban mucho, pues, según afirmaba, impedían que se enmoheciera. Por la noche, después de la cena, conducía a Philip al Moulin-Rouge o al Folies-Bergères. Sus ojillos brillaban y todo su rostro se distendía bajo los efectos de una sonrisa sensual cuando asistía a un espectáculo alegre. Frecuentaba todos los locales especialmente reservados a los extranjeros, aunque al mismo tiempo afirmaba que nada bueno podía esperarse de una nación que permitía tal suciedad. Daba con el codo a Philip cuando en el palco escénico aparecía una mujer casi desnuda y le indicaba, qué cortesanas eran las más provocativas entre las que se divertían en el *promenoir*. El París que enseñaba a Philip era el París más vulgar, pero el joven lo veía con los entusiasmados y ansiosos ojos de la ilusión. Cada mañana, temprano, Philip salía del hotel, se iba a los Campos Elíseos o se detenía en la plaza de la Concordia. Era el mes de junio y París aparecía como plateado bajo el aire lleno de perfumes. Philip sentía su corazón rebosante de simpatía por todo. Aquí al menos —pensaba— la novela está en la atmósfera. Permanecieron allí toda la semana, regresando el domingo. Y cuando Philip llegó por la noche a su melancólico alojamiento londinense su decisión estaba tomada: iría a París para estudiar pintura. Mas para que no le acusaran de ligereza terminaría antes el año de práctica. Tendría las vacaciones en la segunda quincena de agosto, y antes de marcharse se proponía comunicar a Herbert Carter su intención de no volver. Pero aunque se esforzaba en ir cada día a la oficina no lograba interesarse en el trabajo. Pensaba constantemente en el porvenir. Pasada la primera quincena de junio no había mucho que hacer, y él salía de la oficina bastante a menudo, con el pretexto de seguir las conferencias para su examen. Pasaba aquellas horas en la National Gallery. Leyó una gran cantidad de libros sobre París y sobre pintura. Devoró las obras de Ruskin y la vida de los pintores escrita por Vasari. Le gustaba la historia de Correggio y se complacía en imaginar que se encontraba delante de una obra maestra y que exclamaba: «También yo soy pintor». En la actualidad ya no titubeaba más, convencido de que albergaba en sí a un gran artista en potencia. —Después de todo se trata de probar. En la vida es necesario correr el riesgo. Al cabo llegó la segunda quincena de agosto. Mister Carter pasaba aquel mes en Escocia y mister Goodworthy dirigía la oficina. Éste se había mostrado muy cordial con Philip después de su viaje a París y ahora que se sabía tan próximo a la libertad, el joven estaba dispuesto a considerar con cierta tolerancia a aquel hombre grotesco. —¿Parte usted para las vacaciones mañana, Carey? —le preguntó por la tarde su superior. Durante todo el día Philip se había repetido para sí mismo que era la última vez que se veía en el interior de aquella oficina. —Sí; he llegado ya al final de mi año de práctica. —Temo que no haya adelantado usted gran cosa. Mister Carter está muy descontento de usted. —No tanto como yo lo estoy de él —repuso alegremente Philip. —No debe hablar de ese modo, Carey. —No pienso volver. Convinimos con mister Carter que si la contabilidad no me gustaba me restituiría la mitad del dinero entregado por mí, y que después de un año de permanencia podría marcharme. —No debe usted tomar una decisión demasiado precipitada. —Durante diez meses he odiado todo esto. He detestado mi trabajo, he detestado la oficina y detesto Londres. Preferiría más bien dedicarme a barrendero que permanecer aquí. —A decir verdad, no le creo a usted muy a propósito para dedicarse a la contabilidad. —¡Hasta la vista! —y Philip le tendió la mano—. He de darle las gracias por su bondad. Siento haber causado algunos trastornos. A los pocos días de estar aquí ya me di cuenta de que no tendría buen éxito. —Conforme; si está usted completamente decidido, que le vaya bien. No sé a qué se va usted a dedicar, pero si por casualidad se encontrara usted aquí, vénganos a saludar. Philip lanzó una pequeña carcajada. —Le parecerá a usted descortés, pero deseo con toda mi alma no volver a ver nunca más a ninguno de ustedes. 39. El vicario de Blackstable no quiso ni siquiera discutir el proyecto de Philip. Según él, cuando se empezaba una cosa, había que continuarla. Como todos los débiles, sostenía que no convenía cambiar de ideas. —Elegiste espontáneamente estudiar contabilidad. —Lo elegí porque no veía otro medio para ir a la ciudad. Pero ahora odio Londres y nada me hará volver. Mister y mistress Carey se hallaban francamente escandalizados ante la idea de que Philip quisiera ser artista. No debía olvidar —le decían— el hecho de que su padre y su madre habían sido personas decentes y que la pintura no es una profesión seria, sino algo que no conviene, vergonzoso e immoral. Y luego... París. —Aunque pongas el grito en el cielo no pienso permitirte que te vayas a vivir a París —

declaró con firmeza el vicario. Era una sentina de iniquidades. La mujer perdida y la prostituta de Babilonia ostentaban allí su ignominia. Las ciudades castigadas por Dios no estaban menos pervertidas que aquella. —Has estado educado como gentleman y como cristiano, y traicionaría la confianza que en mí depositaron tus difuntos padres si te permitiera exponerte a tales tentaciones. —En cuanto a esto no te preocupes; no soy ya cristiano y empiezo también a tener mis dudas sobre si soy gentleman o no. La discusión se hizo violenta. Era necesario todavía que transcurriera un año antes de que Philip entrase en posesión de su pequeño capital, y durante ese período mister Carey le pasaría una pensión, pero esto sólo en el caso de que el sobrino permaneciera en la oficina. Philip, por su parte, argüía que ya que estaba claro que no quería ser oficinista, debía por lo menos abandonar la carrera cuando aún era posible recuperar la mitad del dinero entregado. Pero el vicario no se avino a razones y el joven, perdiendo la paciencia, dijo algunas insolencias capaces de irritar a cualquiera. —No tienes derecho a malgastar mi dinero —gritó al fin—. Después de todo es dinero mío, ¿no es cierto? Ya no soy niño. No puedes impedirme que vaya a París, si eso es lo que he decidido. Venderé mis ropas, mis libros y las joyas de mi madre. Tía Louisa escuchaba en silencio, angustiada y desolada. Veía que Philip estaba fuera de sí y comprendía que todo lo que ella pudiera decirle no haría sino aumentar su cólera. Finalmente, el vicario, afirmando que no quería prolongar la discusión, abandonó con digno porte la estancia. Durante tres días Philip y él no cambiaron ni una palabra. El joven escribió a Hayward pidiéndole informes sobre París, y decidió marchar en cuanto recibiera la propuesta. Mistress Carey continuaba reflexionando sobre todo ello. Comprendía que Philip la incluía en el odio que experimentaba hacia su marido, y este pensamiento la torturaba. No quería más que su bien. Al cabo decidió hablarle y escuchó las desilusiones que recibió de Londres, oyendo de paso sus ardientes proyectos para el porvenir. —Puede suceder que no triunfe, pero, al menos, déjame probar. No haré nada peor de lo que he hecho en aquella horrible oficina. Y siento en mí la seguridad de que puedo desenvolverme. Sé que dentro de mí existe la vocación. Mistress Carey no estaba tan segura como su marido de que fuera justo contrariar una vocación tan fuerte. Había leído biografías de grandes pintores cuyos padres se habían opuesto a sus deseos de estudiar, viéndose más tarde lo mal que habían procedido. Después de todo no se ha dicho nunca que un pintor no pueda llevar una vida tan virtuosa como un empleado. — ¡Me produce tanta pena que vayas a París! —dijo con acento triste—. Si estudiaras en Londres no me asustaría tanto. —Si he de estudiar pintura debo estudiar bien y sólo en París puedo aprender en serio. Después de su oración, mistress Carey escribió al abogado Nixon diciéndole que Philip estaba descontento de su trabajo, pidiéndole al mismo tiempo que le dijera qué pensaba de su cambio de rumbo. La respuesta fue la siguiente: Querida señora: He visto a mister Carter y me disgusta tenerle que decir que Philip no ha dado el resultado que esperábamos. Si de veras le inspira tanta repugnancia este trabajo, lo mejor es que aproveche la posibilidad que hoy le ofrece su contrato. Naturalmente, estoy muy desilusionado. Ya sabe usted que puede conducirse un caballo al abrevadero, pero no puede obligársele a que beba. Acepte usted mis saludos más respetuosos. ALBERT NIXON. La carta fue mostrada al vicario, pero sirvió únicamente para que se acrecentase su terquedad. Hubiera admitido que Philip eligiese otra profesión, incluso sugirió la ejercitada por el padre del muchacho, la medicina; sin embargo, nada del mundo podría convencerle para que le pasara una mensualidad que le permitiera vivir en París. —Eso no es más que un pretexto para la indulgencia que tiene consigo mismo, y para su sensualidad. —Me gusta oírle criticar la indulgencia hacia uno mismo —replicó Philip, hostil. Al fin llegó la respuesta de Hayward, el cual aconsejaba una fonda donde Philip encontraría una habitación por treinta francos al mes, e incluía una carta de recomendación para la *massière* de una escuela de pintura. Philip leyó la carta a su tía, y le dijo que iba a intentar marcharse el primero de setiembre. —Pero no tienes dinero —objetó la tía. —Hoy iré a Tercanbury para vender las joyas. Había heredado de su padre un reloj de oro con su cadena, dos o tres anillos, botonaduras y dos alfileres de corbata. Uno de éstos consistía en una perla y debía de tener cierto valor. —Pero el valor de un objeto es muy distinto del importe que puede obtenerse de él —objetó tía Louisa. Philip sonrió, pues aquella era una de las frases dichas por su tía frecuentemente. —Ya lo sé, pero creo que, en el peor de los casos, conseguiré sacar un centenar de libras, que me permitirá vivir hasta que cumpla los veintiún años... Mistress Carey no respondió, pero subió a su habitación, se puso un sombrero negro y se encaminó al banco. Una hora después estaba de regreso. Se acercó a Philip, que estaba leyendo en el salón, y le entregó un sobre. — ¿Qué es esto? —preguntó el joven. —Un regalito para ti —respondió la tía sonriendo tímidamente. Philip abrió el sobre y se encontró con once billetes de cinco libras y un saquito de papel lleno de monedas de oro. —No podía permitir que vendieras las joyas de tu padre. Es dinero que yo tenía en el banco. Son casi cien libras. Philip enrojeció, notando al mismo tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas. —No, tía; no puedo aceptar. Eres muy buena, pero no puedo aceptar. Cuando se casó, mistress Carey poseía trescientas libras, y aquel dinero, conservado cuidadosamente, le había servido siempre para cubrir gastos imprevistos, para realizar cualquier caridad urgente o para los regalos navideños de su marido o de Philip. En el transcurso de los años la suma había disminuido mucho, pero continuaba facilitando al vicario motivos

para sus chanzas. Hablaba de su mujer como de una mujer rica, aludiendo alegremente a sus bienes.. —Te ruego, Philip, que lo aceptes. Me disgusta que lo que tenía haya quedado reducido a tan poco. Harás que me sienta feliz si lo aceptas. —Pero puede que tengas necesidad de ello alguna vez. —No, no creo. Lo guardaba para el caso de que tu tío se muriera antes que yo. Mi idea era tener algún dinero para cubrir las necesidades inmediatas, pero ahora no espero vivir mucho tiempo. — ¡No digas esas cosas, querida tía! Tú has de vivir siempre. Yo no podría vivir sin ti. — ¡Oh!, no me disgusta irme —se le quebró la voz y se cubrió los ojos con la mano, pero después de un instante se los secó, sonriendo valerosamente—. Antes rogaba a Dios que no permitiese que muriera, para no dejar a tu tío solo. No quería que sufriera, mas ahora ya sé que para él el dolor será menos que para mí. Él tiene mucho más apego a la vida. Yo nunca he sido la mujer a propósito para él, y creo que si yo desapareciera se volvería a casar. Por eso prefiero irme primero. ¿Crees que sea egoísmo por parte mía? Te aseguro que no podría soportar verle morir. Philip besó el pequeño y arrugado rostro de su tía. El espectáculo de aquel amor le producía una extraña sensación de vergüenza. Parecía imposible que ella quisiera tanto a un hombre tan egoísta e indiferente. Y el joven se dio cuenta, de un modo vago, que ella, en el fondo de su corazón, tenía plena conciencia de aquella indiferencia y egoísmo, y que, no obstante, quería a su marido con humildad. — ¿Tomarás este dinero? —preguntó a Philip acariciándole la mano dulcemente—. Sé que puedes rechazarlo. Pero me sentiría tan feliz si lo tomaras... Siempre he deseado hacer alguna cosa por ti. Ya ves, no he tenido hijos y te he querido a ti como si hubieras sido mío. Cuando eras pequeño, aun sabiendo que hacía mal, casi deseaba que estuvieras enfermo para poderte cuidar noche y día. Pero sólo estuviste enfermo una vez y fue en el colegio, ¡Deseo tanto poderte ayudar! Ésta es la única ocasión. Y seguramente cuando seas un gran artista te acordarás de mí y pensarás que yo te facilité tus principios. —Eres muy buena, tía, y te estoy reconociéndolo. Una sonrisa apareció en aquellos ojos cansados, una sonrisa de auténtica y pura felicidad. — ¡Oh, qué contenta estoy! 40. Pocos días después mistress Carey le acompañó a la estación. De pie, ante la ventanilla, intentaba retener las lágrimas, mientras Philip, agitado e impaciente, hubiera querido marcharse ya. —Dame otro beso —dijo la tía. El joven se inclinó fuera de la ventanilla y la besó. El tren se puso en marcha y la mujer permaneció en el andén de la estación agitando el pañuelo hasta que perdió de vista el convoy. Le pesaba el corazón, y los escasos centenares de metros que la separaban del vicariato le parecieron eternos. Era natural que el muchacho tuviera prisa por marchar; era joven y el porvenir le sonreía; pero ella... Tuvo que apretar los dientes para no romper a llorar. Murmuró interiormente una plegaria dirigida a Dios para que protegiese a su sobrino, le guardara de las tentaciones y le concediera los dones de la fortuna y de la felicidad. Philip, por el contrario, dejó de pensar en ella apenas instalado en el departamento. Sólo pensó en el porvenir. Había escrito a madame Otter, la massière para la cual Hayward le había mandado la carta de presentación, y tenía en el bolsillo una invitación para tomar el té con ella al día siguiente. Llegado a París, hizo cargar el equipaje en un coche de punto que avanzó lentamente por las animadas calles. Atravesó el puente y echó por las callejuelas del Barrio Latino. Philip había alquilado una habitación en el Hôtel des Deux Écoles situado en una calle perpendicular al bulevar de Montparnasse. Era cómodo porque se encontraba próximo al estudio Amitrano, que pensaba frecuentar. Un mozo subió sus baúles hasta el quinto piso, y Philip fue introducido en una habitación que despedía un vaho de alcoba cerrada, ocupada en su mayor parte por una gran cama de madera, con un dosel de reps de color rojo. En las ventanas había pesadas cortinas de igual tela. La cómoda servía al mismo tiempo de lavabo. Además, había un macizo armario de un estilo que recordaba al buen rey Luis Felipe. La descolorida tapicería era de color gris oscuro y en ella se dibujaba todavía vagamente una guinalda de hojas negruzcas. La estancia le pareció a Philip original y agradable. A pesar de que era tarde, fue demasiado intensa la agitación que le dominaba para que pudiese dormir. Salíó y recorrió el bulevar, magníficamente iluminado. Lo recorrió hasta llegar a la estación y la plaza rebosante de gente, iluminada por arcos voltaicos, rumorosa por el paso de los tranvías de color amarillo; todo le produjo tal sensación de alegría que terminó riéndose fuertemente. Aquí y allá no había más que cafés. Empujado por la sed y por el deseo de contemplar a la multitud de cerca, Philip tomó asiento junto a un velador, en el café de Versailles. Todos los otros veladores estaban ocupados, pues la noche era bella, y Philip miró con curiosidad a las tranquilas familias y a los grupos de hombres fornidos y barbudos, cubiertos con extraños sombreros y que discutían gesticulando. Cerca de él había dos individuos que le parecieron artistas, acompañados por mujeres que Philip supuso que serían sus mujeres legales. Detrás de él dos americanos discutían de arte con vivacidad. El alma de Philip no podía contener la excitación. Estuvo hasta tarde, cansado, pero sintiéndose demasiado feliz para moverse. Cuando por fin se fue a dormir, permaneció mucho tiempo despierto escuchando los rumores del París nocturno. Al día siguiente, a la hora del té, se dirigió hacia el Lion de Belfort, y en una calle nueva cerca del bulevar Raspail encontró a mistress Otter. Era una mujer insignificante, próxima a la treintena, de aspecto provinciano y con aire de gran dama. Le presentó a su madre. En el curso de la conversación, Philip supo que mistress Otter estudiaba en París desde hacía tres años y que estaba separada de su marido. En el

salón tenían un par de retratos hechos por ella, los cuales parecieron maravillosos a la inexperiencia de Philip. — ¡Quién sabe si yo llegaré a pintar alguna vez así! —suspiró él. — ¡Oh!, sin duda —replicó mistress Otter no sin cierta satisfacción—. Claro que no puede pretenderse saberlo todo el primer día. Mostróse muy amable. Le dio la dirección de una tienda donde podía comprar una carpeta, papel de dibujo y carboncillos. —Yo voy a Amitrano hacia las nueve. Si va usted también, haré lo posible por buscarle un buen sitio. Le preguntó qué pensaba hacer y Philip creyó que no debía mostrarse todavía incierto sobre sus propias intenciones. —Primero de todo quiero aprender a dibujar. —Estoy contenta de oírle hablar así. Por lo general, todos quieren hacerlo todo rápidamente. Yo no he tocado las pinturas al óleo hasta después de dos años de estudio, y he aquí el resultado. Echó una ojeada al retrato de su madre, un cuadro de factura artificiosa, suspendido sobre el piano. —Y si yo fuese usted tendría mucho cuidado con la gente que conociera. No haga amistad con los extranjeros. Philip le dio las gracias por el consejo, que le pareció un poco raro. No comprendía por qué debía mostrarse huraño. —Nosotros vivimos como si estuviéramos en Inglaterra —afirmó la vieja mistress Otter, que hasta aquel momento apenas había despegado los labios—. Cuando vinimos trajimos todos nuestros muebles. Philip miró a su alrededor. La habitación aparecía llena de muebles macizos y en la ventana había cortinas de encaje blanco iguales a las que tía Louisa colocaba en verano en la ventana del vicariato. El piano y la chimenea estaban cubiertos con tapetes de seda liberty. Mistress Otter le siguió en su mirada. —Por la noche, cuando cerramos los postigos, nos sentimos como si estuviéramos en Inglaterra. —Y comemos como si estuviéramos allí. Desayuno sustancioso y comida a mitad de la jornada. Después de la visita, Philip fue a comprarse lo necesario para dibujar, y a la mañana siguiente, alrededor de las nueve, queriendo sentirse seguro de sí mismo, apareció en la escuela. Mistress Otter había llegado ya y le salió al encuentro con una sonrisa cordial. Philip temía la acogida reservada a un nouveau, pues había leído las burlas a que estaban expuestos los recién llegados en ciertos estudios, pero mistress Otter le había tranquilizado. — ¡Oh!, entre nosotros no hay nada de eso. La mitad de los alumnos son señores y dan tono al ambiente. El estudio era grande y de una desnudez completa. De las paredes grises pendían bocetos y dibujos que habían sido premiados. En una silla se sentaba la modelo, cubierta con un vestido a medio abrochar. Una docena aproximadamente de hombres y mujeres permanecían a su alrededor, algunos hablando, y otros todavía ocupados en dibujar. Era el primer descanso para la modelo. —Es mejor que no intente nada difícil al principio —le aconsejó mistress Otter—. Coloque aquí su caballete. Desde aquí se ve la posición más fácil de reproducir. Philip colocó el caballete donde se le había indicado y la massière le presentó a una muchacha que estaba sentada muy cerca. —Mister Carey, miss Price. Mister Carey es un principiante. Querrá ayudarle un poco, ¿no es verdad? —a continuación volviéndose a la modelo—. Colóquese. La modelo dejó el periódico que estaba leyendo y con gesto indiferente se quitó el vestido y subió al estrado. Permaneció en pie, con una pierna un poco avanzada y las manos cruzadas detrás de la cabeza. —Es una postura idiota —dijo miss Price—. No comprendo por qué la han elegido. Cuando Philip entró le habían mirado con curiosidad, y la modelo le dirigió una mirada indiferente. Pero ahora ninguno se fijaba en él. Teniendo delante de él una hoja de papel nueva y magnífica, Philip miró con embarazo a la modelo. No sabía cómo empezar. Nunca había visto una mujer desnuda. Ésta no era joven y tenía los senos flojos. Sus cabellos eran de un color claro parecido al de la estopa, que le caían en greñas sobre la frente, y en el rostro tenía grandes manchas. Philip echó una hojeada al dibujo de miss Price. La joven, que trabajaba en él desde hacía varios días, no encontraba al parecer la cosa demasiado fácil. Se veía que el papel estaba gastado por la goma y aquella figura le pareció a Philip retorcida. —Creo que yo podría hacer otro tanto —se dijo para sus adentros. Empezó la cabeza con la idea de descender poco a poco; pero, sin saber por qué, le fue infinitamente más difícil dibujar del natural que sin modelo. Desconcertado, miró a miss Price. Ésta trabajaba con ardor. Tenía las cejas fruncidas y una expresión ansiosa en el rostro. En el estudio hacía calor y su frente aparecía salpicada de gotas de sudor. Era una muchacha de veintiséis años, con una gran masa de cabellos de oro oscuro; hermosos cabellos, pero peinados sin cuidado, estirados hacia atrás y anudados en un moño hecho precipitadamente. Su rostro era alargado, de facciones achatadas y ojos pequeños; la piel opaca, descolorida, casi enferma. Parecía como si no se lavase y se hubiera dicho que dormía vestida. Era seria y silenciosa. Al comenzar el otro descanso dio un paso hacia atrás para contemplar su obra. —No sé por qué me resulta tan difícil —dijo—; pero debo terminarlo —se volvió hacia Philip—. Usted, ¿cómo se las arregla? —No me las arreglo de ninguna manera —respondió el joven con sonrisa desolada. La joven miró lo que Philip estaba haciendo. —De esta manera no irá usted a ninguna parte. Debe usted tomar las medidas y calcularlo exactamente en su hoja. Le explicó rápidamente lo que debía hacer. Philip se sentía impresionado por su seriedad, pero no la encontraba nada atrayente. Le fue grata por el consejo que le había dado y se puso a trabajar. Mientras tanto, habían llegado otros alumnos, sobre todo hombres, pues las mujeres llegaban siempre las primeras. Dada la estación —era todavía muy pronto—, el estudio estaba bastante concurrido. Poco después entró un joven de cabellos negros y ralos, una nariz enorme y un rostro largo que hacía

que se pareciera a un caballo. Se sentó junto a Philip y saludó a miss Price. —Viene usted con mucho retraso —dijo ésta—. ¿Se ha levantado usted ahora? —El día es tan bello que me he quedado en la cama para pensar en el esplendor del sol. Philip sonrió, pero miss Price tomó la frase en serio. — ¡Qué idea! ¿No hubiera sido mejor levantarse y salir a verlo? —El camino del humorismo es largo y difícil —replicó gravemente el joven. Parecía que no tenía un gran deseo de trabajar. Miró su tela. Estaba pintando al óleo y había hecho el día anterior el esquema de la modelo que estaba posando. Se volvió hacia Philip. — ¿Ha llegado usted de Inglaterra? —Sí. — ¿Cómo ha descubierto usted Amitrano? —Es la única escuela de la que he oído hablar. —Supongo que no ha venido usted con la idea de aprender ninguna cosa útil. —Es la única escuela de París —prosiguió miss Price—. La única donde se toma el arte en serio. — ¿Es que el arte debe ser tomado en serio? —replicó el joven; y como miss Price se limitara a encogerse de hombros, añadió—: A fin de cuentas, todas las escuelas son malas. Naturalmente que su espíritu es completamente académico. Ésta es menos nefasta que las otras porque sus enseñanzas son más incompetentes y, por lo tanto, no se aprende nada. —Pero entonces, ¿por qué viene usted? —le interrumpió Philip. —Veo el camino mejor, pero no lo sigo. Miss Price, que es culta, recordará seguramente la frase latina. —Prefiero que me deje usted fuera de su conversación, mister Clutton —dijo con acento seco miss Price. —El único medio para aprender a pintar —prosiguió el otro, imperturbable— es alquilar un estudio, buscarse una modelo y arreglárselas solo. —Me parece una cosa muy sencilla —replicó Philip. —Sin embargo, hace falta dinero. Se puso a pintar. Philip le observaba con el rabillo del ojo. Era alto y muy delgado. Los huesos, enormes, parecían salirse del cuerpo. Sus codos eran tan agudos que se hubiera dicho que estaban hechos a propósito para romper las mangas de su usada americana. Los bajos de sus pantalones estaban deshilachados y llevaba los zapatos remendados. Miss Price se levantó acercándose al caballete de Philip. —Si mister Clutton quiere estarse callado un momento le ayudaré un poquito. —Miss Price me tiene antipatía porque no me falta ingenio —dijo Clutton mirando pensativamente su tela—, y me detesta, además, porque soy genial. Hablaba de un modo solemne, y su nariz, colosal y deforme, hacía que todas cuantas palabras pronunciaba tuvieran un marcado matiz cómico. Philip no pudo menos de echarse a reír, pero miss Price enrojeció indignada. —Es usted el único que habla de su genio. —Pero tenga también en cuenta que sólo me interesa mi propia opinión. Miss Price empezó a criticar lo que Philip había hecho. Hablaba de un modo voluble de anatomía y de construcción, de planos y de líneas, y de muchas otras cosas que Philip no comprendía. Hacía tiempo que frecuentaba el estudio y conocía los puntos principales sobre los que insistían los maestros. Pero aunque sabía indicar los errores del trabajo de Philip era incapaz de decirle cómo modificarlos. —Es usted muy amable tomándose tanto trabajo por mí —dijo Philip. — ¡Oh, no vale la pena! —respondió ella enrojeciendo—. Hicieron conmigo otro tanto cuando llegué y yo lo haría por cualquiera. —Miss Price quiere hacerle comprender que le concede los beneficios de su competencia por un sentido del deber y no por la satisfacción que pueda desprenderse de su persona —observó Clutton. La joven le lanzó una furibunda mirada y siguió trabajando en su dibujo. El reloj dio las doce y la modelo se retiró del estrado lanzando un grito de alegría. Miss Price recogió su ropa. —Algunos van a comer a Gravier —dijo a Philip mirando de reojo a Clutton—; yo siempre voy a casa. —Si quiere le acompañaré a Gravier —propuso Clutton. Philip le dio las gracias y se preparó para salir. Mientras se dirigía a la puerta, mistress Otter le preguntó cómo se las había arreglado. — ¿Le ha ayudado Fanny Price? —preguntó—. Le he colocado junto a ella porque sé que si quiere puede hacerlo. Es una muchacha antipática y combativa, y no sabe dibujar, pero conoce todos los trucos del oficio, y puede ser útil a un recién llegado si quiere tomarse un poco de trabajo. Por el camino le dijo Clutton: —Ha producido usted efecto en Fanny Price. Debe tener usted cuidado. Philip se echó a reír. No había conocido a una persona a la que quisiera producir menos efecto. Entraron en el pequeño restaurante económico donde comían algunos estudiantes, y Clutton se sentó a una mesa en la que ya había tres o cuatro jóvenes. Por un franco le sirvieron un huevo, un plato de carne, queso y un cuartillo de vino. El café se pagaba aparte. La mesa estaba colocada en la acera y los tranvías amarillos pasaban arriba y abajo a lo largo de los bulevares, con un incesante sonar de campanillas. —A propósito, ¿cómo se llama usted? —preguntó Clutton. —Carey. —Permítanme presentarles a un viejo y fiel amigo: Carey —dijo Clutton con seriedad—. Mister Flanagan, mister Lawson. Éstos sonrieron y continuaron su conversación. Hablaban de mil cosas a la vez. Ninguno prestaba la menor atención a lo que decían los otros. Hablaban del lugar donde habían estado durante el verano, de los estudios que frecuentaban, de las diversas escuelas. Mencionaron nombres desconocidos para Philip: Monet, Manet, Renoir, Pissaro, Degas. Philip aguzó el oído, y, aunque se sentía un poco desconcertado, notaba que su corazón le latía jubiloso. El tiempo corría. Al cabo Clutton se puso en pie y le dijo: —Si quiere usted volver aquí esta noche, probablemente me encontrará. Verá que es uno de los sitios mejores del barrio para conseguir la dispepsia a poco precio. (*michigan university cost of tuition*).

Audiolibro Servidumbre
Humana W Somerset Maugham
Cap Tulos Del 33 Al 40

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>